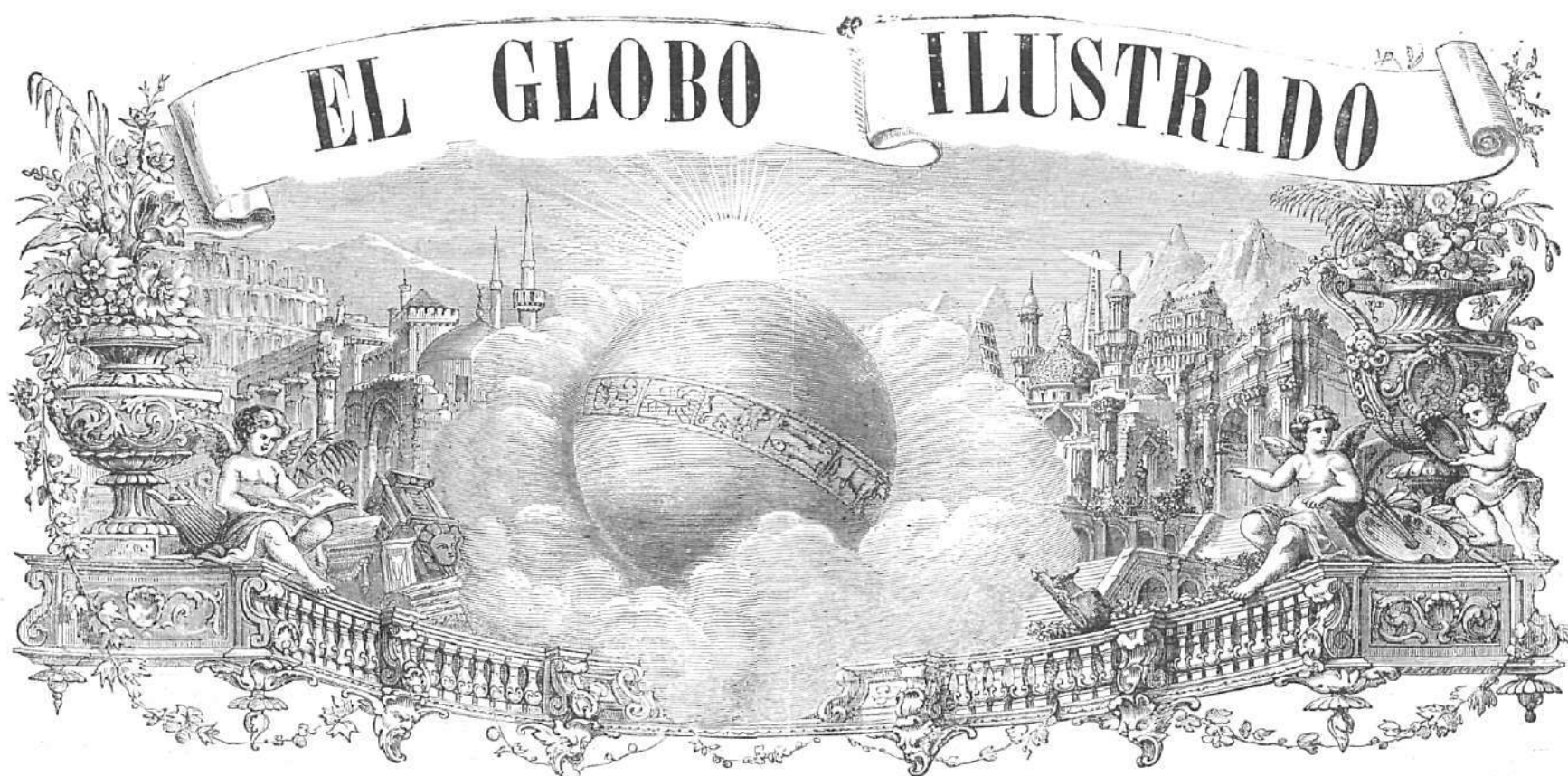




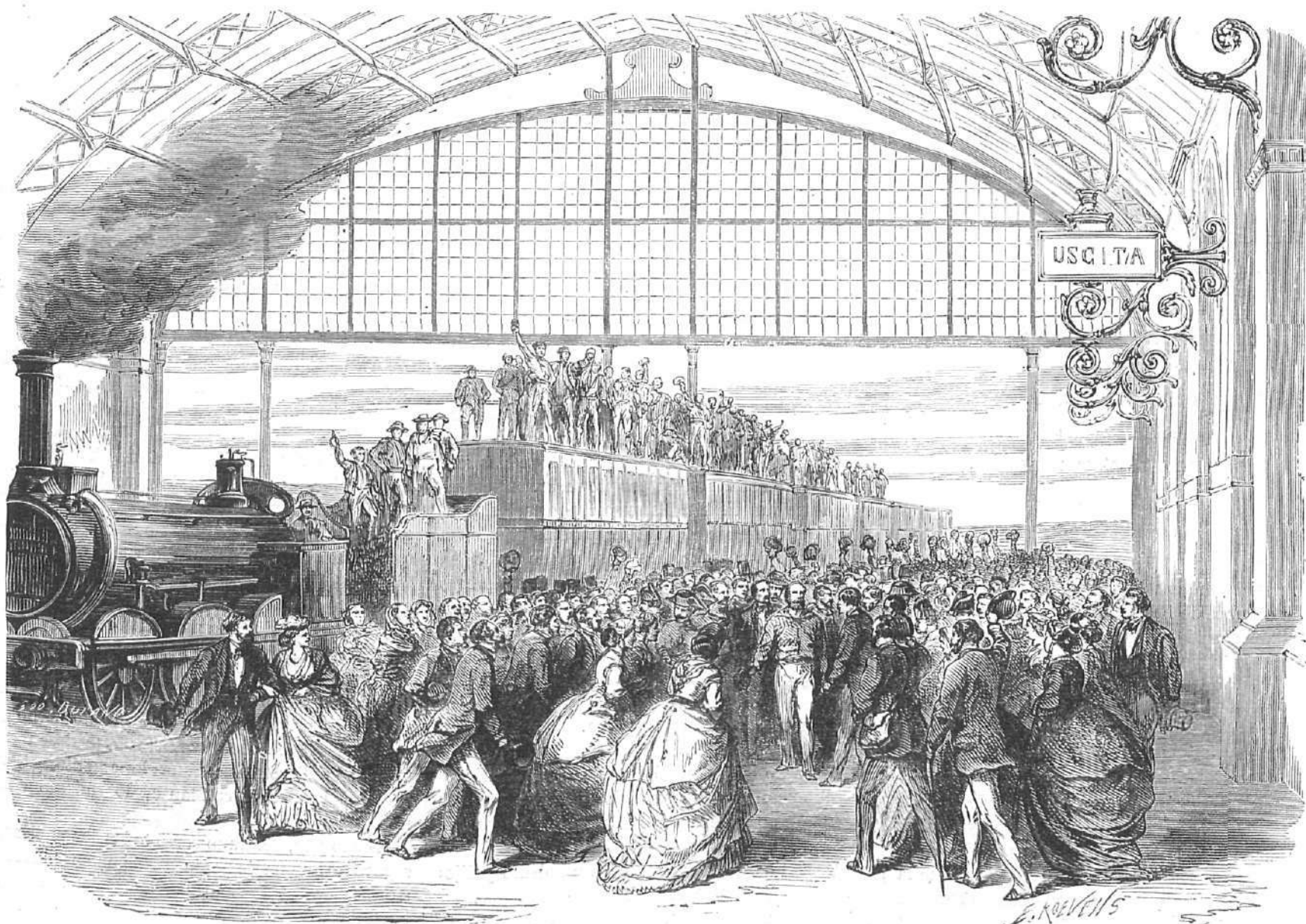
NÚMERO 4

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del BANCO INDUSTRIAL Y MER-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los corresponsales de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la orden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmit, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



A LOS SUSCRITORES.

En una nota al final del sumario del número 1.º indicamos que, por causas ajenas á nuestra voluntad, se había retrasado la publicación de dicho número, lo que haría que algunos artículos y grabados no tuvieran todo el interés de actualidad que debían tener; este mismo inconveniente se nota en el número 2.º y se notará en todos, si no se adopta alguna medida para corregirlo: la que vamos á poner en práctica, es muy sencilla, pues se reduce á repartir cuatro números, en lugar de dos, en el mes de agosto, con lo cual ganamos el espacio de tiempo perdido y nos ponemos al nivel de la publicación francesa que nos sirve de base. Para que no ofrezca duda ni confusión esta medida á los suscritores, debe tenerse presente, que siendo 24 los números de EL GLOBO que corresponden á cada año, contando el tiempo por números, el resultado es el mismo; así pues con el número 4.º quedan cubiertas las suscripciones de dos meses, con el 6.º las de tres, con el 12 las de seis y con el 24 las de un año; esto es de suyo tan claro, que nos parece inútil dar mas explicaciones.

SUMARIO DEL NUM. 4.

ARTICULOS. Cristeta, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMEJO. (Continuación).—Fiesta de confianza en el palacio del Eliseo, por M. V.—Exposición de Stokholmo y su inauguración, por L. R.—Proverbio. Ello ha de ser... lo que quiere la mujer, ó el lente del amor, por el CONDE DE FABRAQUER.—La Cueva de las Maravillas, leyenda, por AUGUSTO FERRAN.—Casamiento de la princesa Maria de Cambridge, por M. V.—Tribunal marítimo de Brest; el proceso del Federis Arca, por G. J.—La limosna moral.—Tiro federal de Ginebra, por A. M.—Sobre las vidas de Plutarco.—Charada.

GRABADOS. Número 1. Página 49.—ITALIA.—Llegada de los voluntarios á Milan.

Número 2. Pág. 52.—PARIS.—Fiesta de confianza dada por el emperador en el Eliseo Imperial, en honor á la gran duquesa Maria de Rusia.

Número 3. Pág. 53.—EXPOSICION DE BELLAS ARTES Y DE LA INDUSTRIA en Stokholmo.—Vista del palacio de la exposición.

Número 4. Pág. 53.—SUECIA.—Vista general de la ciudad de Stokholmo.

Número 5. Pág. 56.—ITALIA.—El cuartel general del ejército se traslada de Plasencia á Cremona.—Paso del puente de barcas.

Número 6. Pág. 57.—STOKOLMO.—Apertura solemne de la Exposición universal por S. M. la reina de Suecia.

Número 7. Pág. 60.—ITALIA.—El cuerpo de ejército sale de Cremona y se adelanta hácia Mantua.

Número 8. Pág. 60.—ITALIA.—Cuartel general de Cremona.—2.º Cuerpo de ejército.—Himno patriótico cantado todas las noches á la hora de la retreta.

Número 9. Pág. 61.—INGLATERRA.—Casamiento de la princesa Maria de Cambridge con el príncipe de Jock.—Bienvenida á los recién casados.

Número 10. Pág. 61.—FRANCIA.—Tribunal marítimo de Brest.—Vista de la causa criminal del *Federis Arca*.

Número 11. Pág. 64.—GINEBRA.—La comitiva oficial se dirige á Carouge para solemnizar la apertura del tiro.

Número 12. Pág. 64.—ITALIA.—Plasencia.—El general Della Rocca pasa revista á su cuerpo de ejército.

EL GLOBO ILUSTRADO.

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuación.)

V.

Antes de ahora hemos hablado de una posada con el nombre de *Posada del Leon con alas*. Como se hallaba situada próxima al desembarcadero, y como además tenía condiciones para recibir mucha gente y era la que en aquellos tiempos servía mejor á sus huéspedes, fué por esta razon la mas concurrida y la que de mejor gana aceptaban los viajeros. Su mesa de billar, sus grandes salas de juego, y el gran salon del piso alto donde se servía de comer, lo mismo á los huéspedes que á los avelandados en Buenos-Aires, y á cuyo salon se habia dado el nombre de hostería, todas estas circunstancias reunidas daban lugar para que la *Posada del Leon con alas* fuese considerada como el punto de reunion de la gente mas escogida de la capital del vireinato.

Inmediato al salon á hostería, habia un de-

partamento ricamente amueblado que se destinaba para la recepcion de las visitas. Tenia dos grandes balcones que dominaban el rio, y desde los cuales era fácil distinguir los buques que arribaban al puerto.

En este salon se halla un personaje del cual hemos hecho mérito en el curso de nuestra narración. Nos referimos á Belgrano, jóven de aspecto distinguido, y en cuya fisonomía se revelan la franqueza, la intrepidez y el instinto de las nobles pasiones. Dijimos antes de ahora que era militar, y sin embargo le vemos sin uniforme en este momento.

De pié delante del balcon y sosteniendo un lente de larga vista, observa atentamente las embarcaciones que han arribado al puerto durante la noche, pero su atencion se fija con preferencia sobre una fragata norte-americana, que se destaca sobre los demás buques, y que acaba de echar el áncora. Belgrano, al mismo tiempo que examinaba este buque de guerra decia con cierta satisfaccion:

—Es la fragata de Mr. Carwith. ¿Me estará esperando? Pero, ¿cómo pasar á su bordo sin llamar la atencion de mis enemigos? Además, mi presencia es necesaria en estos lugares... El virey tiene sospechas; la mas leve imprudencia puede destruir nuestros designios y arruinar para siempre la causa mas noble y mas justa.

Y hablando consigo mismo de esta manera, se separó del balcon; puso el lente sobre una mesa y comenzó á dar paseos por la sala con ciertos ademanes que revelaban su impaciencia y su agitacion.

—¡Qué tormento! exclamaba despues pasando la mano por su frente y suspirando. ¡Qué suplicio! ¡qué incertidumbre!... Y es necesario afectar un semblante sereno, cuando el temor agita mi alma. ¡Cuán preferibles son los peligros en el campo de batalla á este continuo sobresalto!

Su espíritu sobrescitado con la aparicion de aquel buque no encontraba reposo en ninguna parte. Su exaltacion fué interrumpida por la llegada de otro jóven amigo suyo. Era Vedia que entraba un tanto precipitado con un paquete sellado en la mano, que arrojó sobre la mesa donde estaba el lente, y exclamó con acento desesperado:

—¡Qué me encuentre yo obligado á desempeñar semejante comision!

—¿Qué tienes? le preguntó Belgrano.

—Nada, respondió Vedia dando paseos; un servicio que Salcedo, el dueño de la posada, me suplica que le haga; y consiento en hacérselo, porque es un posadero honrado, que da de comer á los españoles y presta dinero á nuestros compatriotas. Por eso vengo á comer aqui todos los dias... porque da bien de comer; nunca nos sirve manjares extranjeros; porque su cocina es enteramente americana. Estos son los papeles, añadió Vedia cogiendo el paquete; papeles que le ha traído un buque hace tres dias, y que nadie ha venido á reclamar, y Salcedo me suplica, que yo que conozco á todo el mundo me informe... es verdad que yo conozco á mucha gente; pero no á los bohemios... Y leyendo el sobre añadía: Relemberg... ¿Tienes tú alguna idea acerca de este sujeto?

—Ninguna, contestó Belgrano.

—Entonces, dime...

Belgrano interrumpió la frase para decirle:

—Silencio. No es necesario hablar alto, pues deseo que no se sepa en esta posada que yo me encuentro en ella.

Vedia guardó el paquete en un bolsillo y dijo:

—Eso ya es otra cosa: comprendo... tenemos misterios; alguna cita; alguna galante aventura que reclama el incógnito... ya sabemos que eres un galanteador de primer orden.

—Aun cuando fuera verdad lo que dices, observó Belgrano, ¿seria demasiado reclamar tu discrecion?

—De ninguna manera, repuso Vedia con decision. Jamás digo á nadie los secretos ajenos. Respecto á los míos, eso ya es diferente, pues todo el mundo los sabe. Pero verdaderamente no te conozco, prosiguió diciendo y contemplando á Belgrano; ¿cómo te las compones para galantear á un tiempo á tantas mujeres? ¿Qué haces para pasar tu vida entre los placeres? ¿No te reconviene á tí propio?

—No, contestó Belgrano; pero tú que hablas...

Vedia le interrumpió:

—Sí... eso era en otro tiempo; mas hoy no tengo valor... y desde la última infidelidad que esperimenté.

—¿Será posible? preguntó Belgrano.

—Sí, repuso Vedia; pero ya estoy acostumbrado. Qué uno reciba un desengaño porque prefieran á un amigo, porque prefieran á un hijo del país... pero cuando la preferencia recae en un español.

—¿Cómo? exclamó Belgrano; aquella á quien tú amas...

—Sí, amigo mio, dijo Vedia suspirando; tengo un rival lleno de galones y cordones que ha llegado de España para suplantarme. Estrangeros que nos desprecian, que nos tratan como á comerciantes, y pretenden que los americanos jamás sabrán manejar una espada. Que se lo pregunten á Linares, que cuando ayer brindaba por los americanos, se negó á responder á mi brindis.

—¿Cometistes una imprudencia! dijo Belgrano. Le has matado, y esto puede costarnos caro.

—Yo he dado el ejemplo, dijo Vedia, y tú deberias seguirme; tú que por tu grado, tus riquezas, ejerces en este país una influencia que yo desgraciadamente no tengo. Pero en lugar de pensar en su patria, el señor Belgrano no piensa mas que en sus placeres! no se ocupa mas que de intrigas amorosas.

Belgrano miró á Vedia con marcada intencion y le contestó lo siguiente:

—¿Y quién te ha hecho presumir que yo no amo á mi patria como tú la amas? ¿Quién te ha dicho que en este momento no esté yo trabajando para buscar los medios de emanciparla de su servidumbre?

—Si es como lo dices, pruébalo; manda tocar á rebato; montemos á caballo y adelante; tenemos un regimiento que nos seguirá á todas partes.

—¿Y para qué? preguntó Belgrano? ¿Para esponer á esos valientes á una muerte segura?

—¿Qué importa? repuso Vedia con acento decidido?

—¿Quién vengará despues á nuestro país? preguntó Belgrano. ¿Quién le devolverá su felicidad? No basta morir por la patria: es necesario además que esta muerte sea útil. Si no hiciese falta mas que el valor, conocerias nuestros designios.

—¿Qué dices? preguntó Vedia con sorpresa y curiosidad.

Belgrano cogió de la mano á Vedia, y llevándole á un extremo de la habitacion, le dijo con cierto misterio:

—Es necesario esperar y callar; es necesario sobre todo prudencia, pues yo mismo temo que me falte, revelándote secretos que descubriria tu audacia. Pero se aproxima el momento, y tienes derecho á nuestra confianza, lo mismo que á nuestros peligros.

Dicho esto, Belgrano cerró todas las puertas, y seguro de que nadie podia escuchar su conversacion, se acercó á Vedia y le dijo en voz baja y misteriosa:

—¿Pudiste creer, que indiferente á la suerte de mi patria la veria oprimida por aquellos que tie-

nen un interés en defenderla? Hace mucho tiempo que nos hemos estado reuniendo para conspirar. Desde que apareció ese edicto tiránico en que se nos despoja de todas las garantías del ciudadano, olvidándose que formamos parte de la nación española, desde el momento en que se nos trata como á un país conquistado, hemos meditado la emancipación de la metrópoli. Yo me he encargado de ese triunfo en Buenos-Aires. Yo he consagrado la fortuna de mi madre y la mía para este proyecto: y estoy dispuesto á sacrificar mi vida y todas mis afecciones por una causa tan justa.

—¿Y cuándo llegará ese momento? preguntó Vedia entusiasmado. ¿Cuándo debemos inmolarnos á nuestros opresores? Yo soy americano en cuerpo y alma. A mí se me figura que desciendo de los indios pampas, y todos los medios son legales para espulsar á los extraños de la tierra que nos pertenece.

—Los Estados-Unidos nos protegen, añadió Belgrano, y nos han prometido su apoyo. Impaciente por combatir por nosotros, una juventud noble no aguarda mas que la señal para agregarse á nuestras filas. Me han anunciado que bajo el pretexto de ver á algunos parientes que tiene en Buenos-Aires Mr. Corwith, uno de los mas intrépidos marinos de la América del Norte, debía venir á este puerto para ponerse de acuerdo con nosotros, pero no ha aparecido; los días pasan, y nuestros enemigos lo pueden descubrir todo.

—¿Y cuándo llegarán los socorros que nos han prometido? preguntó Vedia.

—Tal vez hoy, respondió Belgrano.

Y diciendo estas palabras condujo á su amigo hacia el balcon añadiendo:

—¿Ves aquel buque que está en la rada?

—¡Qué felicidad! El pabellon estrellado, exclamó Vedia.

—Allí están las nuevas que nosotros esperamos.

Separándose del balcon y llevando á su amigo al centro de la sala añadió:

—Pero yo no puedo pasar á bordo sin despertar sospechas, y si me prenden y me alejan de los amigos de los cuales soy jefe....

—Entonces, interrumpió Vedia, yo puedo hacer ese servicio; mi ausencia, mi muerte, no pueden comprometer á nadie; dame tus órdenes, y hoy mismo voy á bordo.

—Eres un oficial de mi regimiento, observó Belgrano.

—Me pondré un traje de marinero, repuso Vedia; en un bote yo pasaré sin ser visto por debajo de los cañones de nuestro fuerte,

—¿Y si te llaman?

—No responderé.

—¿Y si disparan un cañonazo?

—Errarán el tiro. En fin, eso queda de mi cuenta. Yo te respondo que he de llegar al buque de la Union aun cuando fuese necesario hacerlo á nadar. Nosotros los salvajes de las Pampas hacemos así nuestras expediciones. Escribe tus despachos, y antes de dos horas tendrás aquí la contestación.

—Tú lo quieres, Vedia... sea. Espérame aquí, que volveré dentro de un momento.

Y diciendo estas palabras se alejó Belgrano, abriendo una de las puertas que poco antes habia cerrado.

Vedia quedó solo dando paseos agitados por la sala, y asomándose de vez en cuando al balcon. Sin duda en este instante se arrepentía de haber acusado á su amigo de indiferencia, creyéndole únicamente ocupado en sus placeres y en sus galanteos. Fijando otra vez sus ojos sobre el buque norte-americano, se decia:

—¿Qué nos sucederá?

Separó de pronto su vista del buque, pues llamó su atención el ruido de una tartana que se habia parado á la puerta de la posada, de la cual

descendió un caballero y una joven que le acompañaba.

—¡Encantadora criatura! exclamó Vedia fijándose en ella. ¡Qué elegante! ¡qué buenas maneras!

Y se propuso ser galante sin faltar á sus principios políticos. Siendo el sitio donde se hallaba Vedia el salon general de recibo, forzosamente tenia que verla y esto le proporcionaria el gusto de saludarla. Con efecto, algunos momentos despues, penetraron en este aposento Dolowiske y Bathilde, conducidos por Salcedo, el amo de la posada, el cual dirigiéndose políticamente á sus nuevos huéspedes decia:

—Por aquí.

Y se alejó haciendo un reverente saludo.

—¿Con qué todo está ocupado? decia Dolowiske. ¡Tanta gente hay en la posada!

Y observando á Vedia, prosiguió llevando su mano al ala de su sombrero.

—Servidor.

Vedia correspondió á esta cortesía, y acercándose á Bathilde dijo:

—Veo con pesar que la señora no ha encontrado aposento en la posada.

—No, señor, repuso Bathilde con agradable acento; tenemos que esperar en esta sala, que nos han dicho que pertenece á todos los viajeros.

—Y lo que es muy cómodo para mí, interrumpió Dolowiske soltando su sombrero y su baston, y colocando ambos objetos sobre una mesa. Estoy muy acostumbrado á dormir al aire libre; pero mi sobrina no.... por ella lo siento.

—Deploro mucho este contratiempo, dijo Vedia, y si yo me atreviese.... yo propondria á esta señora cederle el aposento que me ha tocado; un cuarto bastante modesto, y poco digno para ofrecerse, pero en fin....

—Sois muy bueno, caballero, respondió Bathilde con agradable sonrisa y sentándose junto al balcon; y no me parece justo que abuse de vuestra complacencia; semejante servicio....

—Aceptándole, señora, interrumpió Vedia inclinándose, soy yo el que debo daros las gracias; porque es un placer poder ser útil á una señora tan hermosa; ¿y quién sabe? tal vez sea un cálculo de mi parte; tendreis que quedarme agradecida, y como tal me mereis el reconocimiento.

—Eso es precisamente lo que me obliga á rehusar, contestó Bathilde sonriendo.

Dolowiske, se colocó entre Vedia y Bathilde y exclamó:

—Dejémonos de tantas ceremonias. Yo no espero nada de vuestro cumplimiento. Este caballero es muy galante, y no hace mas que su deber; ofrece su aposento, lo cual te conviene; dale las gracias, y no hablemos mas acerca del asunto.

Y dirigiéndose á Vedia añadió:

—Aceptamos, caballero; es asunto terminado.

Vedia miró á Dolowiske como extrañando sus maneras, y dijo á Bathilde:

—Me permitiréis, por lo menos, presentarme, no en mi casa, sino en la vuestra, para ofreceros mis respetos y cultivar el trato de vuestro señor tío.

—No, señor, interrumpió Dolowiske. Yo vengo aquí para ocuparme de mis negocios; á mí no me gusta la sociedad.... Mucho sentiria que os desagradara mi franqueza. Yo soy así, como veis, lo que pienso lo digo siempre en voz alta. Me gusta mas estar solo; por lo que toca á mi sobrina, eso ya es diferente; ella es dueña de sus acciones, y ya sabeis que los norte-americanos, han odiado siempre los cumplimientos.

Dicho esto, se apartó del lugar que ocupaba y comenzó á mirar los cuadros que adornaban el salon.

—¿La señora, es norte-americana? preguntó Vedia. Se me habia figurado. ¿Venis á Buenos-Aires? Sin duda no conocéis la ciudad, ni á sus habitantes. Me atreveré á deciros que yo soy muy cono-

cido; gozo de cierta consideracion. Los voluntarios patriotas son generalmente muy simpáticos en el país, y ese precisamente es mi regimiento.

Dolowiske, que al par que miraba los cuadros no perdía una frase de lo que Vedia hablaba, le miraba con el rabillo del ojo y se decia:

—Este, sin duda, es Belgrano.

Vedia, cada vez mas solícito y espresivo con Bathilde decia:

—Yo seré demasiado dichoso, si permitis que sea vuestro guía.

En este instante entró Belgrano con una carta.

(Se continuará).

FIESTA DE CONFIANZA EN EL PALACIO DEL ELISEO.

ACTUALIDAD.

Tomamos de la *Gazette des Etrangers* la relacion de la fiesta de confianza, de la que Mr. Morin ha reproducido en un dibujo uno de los mas brillantes episodios:

El lunes por la tarde, 11 de junio, se ha verificado en el Palacio del Elíseo una especie de *soirée* de confianza, dada por SS. MM. á varios personajes, entre los cuales se hallaban S. A. I. la princesa Matilde, S. A. I. el príncipe Napoleon, la gran duquesa Maria de Rusia, el conde de Strigonnoff, la joven princesa Maria y casi todos los embajadores residentes en París, entre ellos, el príncipe de Metternich, que aseguran ha sido favorecido con una larga conversacion con el emperador.

Hubo una comida, recepcion y despues paseo por los jardines.

El numero de los cubiertos prefijados era el de treinta, y las invitaciones para la *soirée* no pasaron de trescientas cincuenta.

Los jardines se alumbraron por medio de la luz eléctrica. Se veian tres focos luminosos, dispuestos uno en el centro y los otros dos colocados de manera que proyectasen sus rayos por el lado de la avenida Gabriel y de la avenida Marigny.

Durante la comida la música de la gendarmería de la guardia tocaba piezas escogidas; y mientras duró el paseo los coros del Conservatorio situados en los salones del Eliseo, entonaron diferentes trozos de ópera.

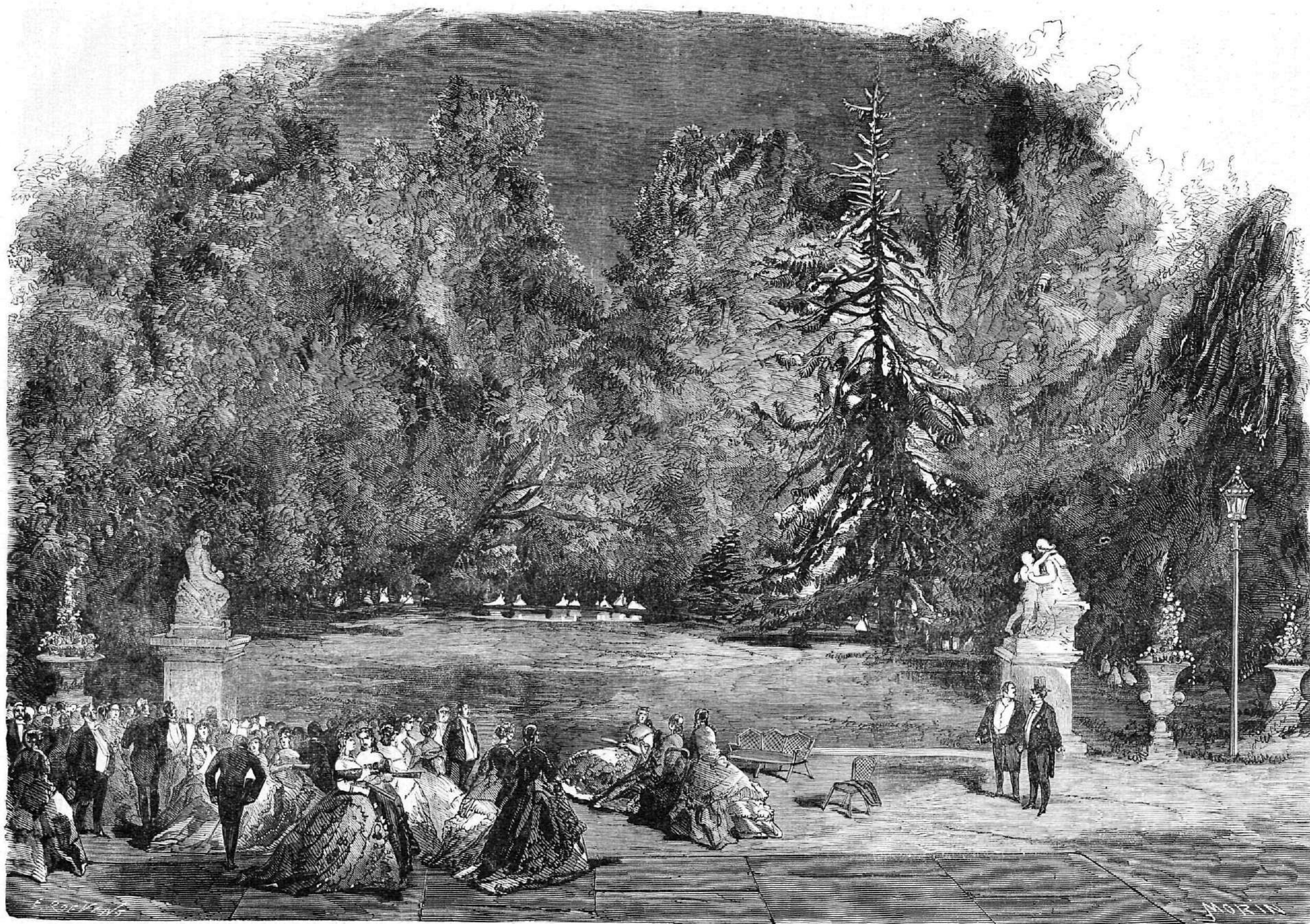
Entre las piezas ejecutadas por la música de la gendarmería, podemos citar el *Satut imperial* de Ervart.

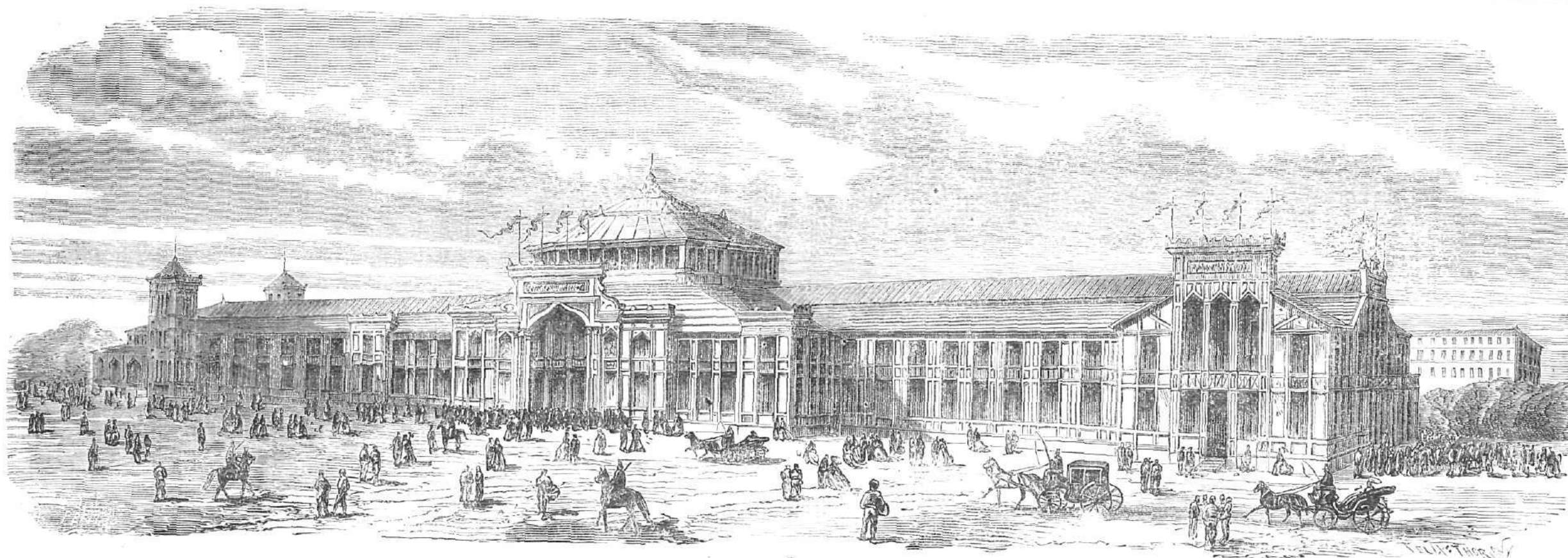
Los coros del Conservatorio, acompañados con el *harmonium* por Mr. Bazile, de la Opera cómica, cantaron bajo la direccion de Mr. Julio Cohen una série de piezas escogidas con un gusto perfecto. Sobre todo fué muy aplaudido *Plaisir d'amour*, de Martini; *Dans ce doux asile*, de Rameau, y la barcarola de *Haydée*, *Corvette coquette*, cantada por Mr. Collin, que mereció los honores de la repetición.

El concierto, que comenzó á las diez de la noche, concluyó á las doce.

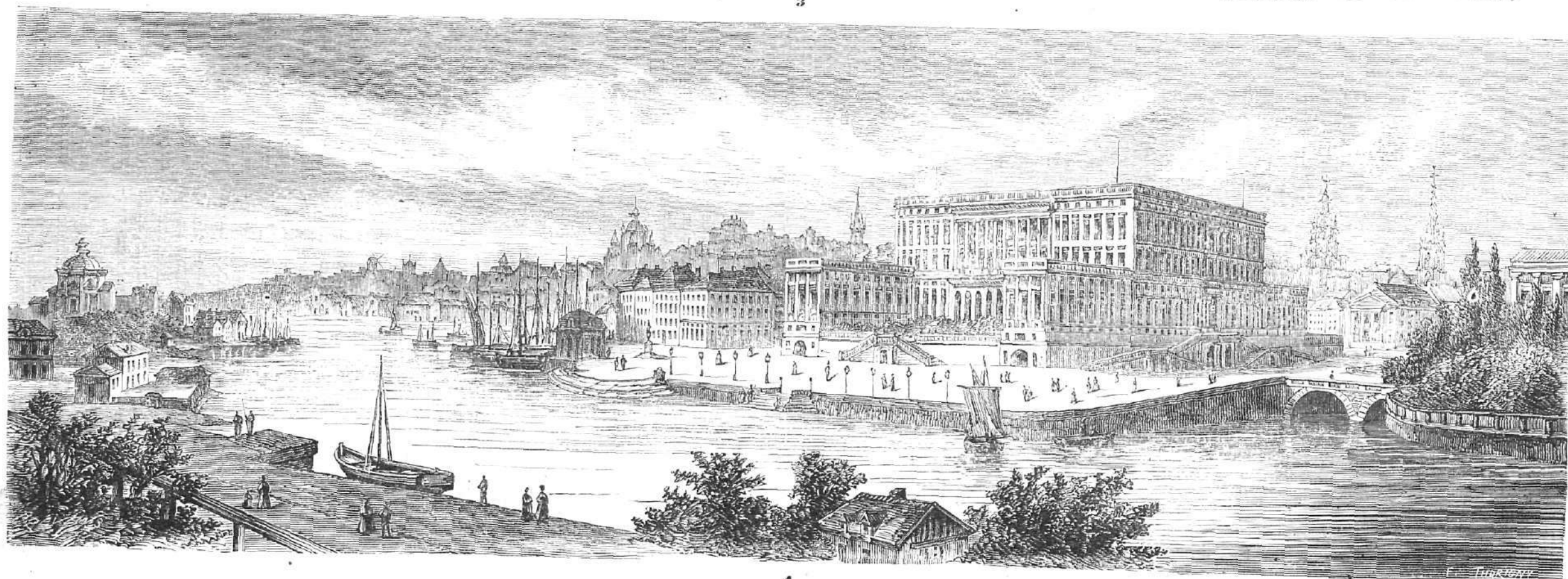
Las invitaciones, lo repetimos, no fueron muchas; fuera de los miembros de la familia imperial, no se encontraban mas que los miembros del cuerpo diplomático, los ministros, los miembros del consejo privado, los altos dignatarios, todas las personas pertenecientes á las casas del emperador, de la emperatriz y de los príncipes, algunos senadores y diputados y una docena de jóvenes.

Una de las personas mas notables fué la reina de Hasvai; es una joven, de cabellos negros y abundantes, de fisonomía inteligente y agradable, de tez un poco trigueña y con un pié capaz de inspirar los celos de la mas preciosa niña de





3



4

Andalucía. Vestía una bata de *satin* blanco, y ceñía una soberbia diadema de diamantes. A las doce todo había ya terminado.

M. V.

ESPOSICION DE STOKOLMO Y SU INAUGURACION.

ACTUALIDAD

Los beneficios de las exposiciones son de tal modo incontestables, que á ejemplo de las naciones que las han precedido en este camino, la Suecia y la Noruega han querido tener una que comprendiese á las artes y á la industria.

El 15 de junio se verificó esta exposicion escandinava; la Suecia, la Noruega y la Finlandia se veían allí dignamente representadas.

Esta exposicion se hizo en Stokolmo, y se organizó por orden del rey Carlos XV, y fué confiada á la direccion de una comision puesta bajo la presidencia de S. A. R. el príncipe Oscar, que tuvo por vice-presidente al baron Hunt-Bonde y por secretario general á Mr. Gustavo de Fahnelijelm, chambelan del rey, para cuyo encargo le recomendaban sus conocimientos especiales. Esta exposicion ha correspondido dignamente al pensamiento concebido por el rey, y puede asegurarse que no habrá sido estéril.

Un magnífico palacio, erigido sobre la plaza de Carlos XIII, construido de una manera especial, y en el que predomina la madera, ha recibido los productos de la industria, los del suelo, de las minas y de los bosques; ellos han atestiguado, que aunque poco favorecidos por la naturaleza, estos países contienen grandes riquezas naturales.

El número de los esponentes suecos que ha acudido á este festejo de la inteligencia y del trabajo se ha elevado á unos 2,600; los otros tres países reunidos se han evaluado de 13 á 13,400.

La convocacion que se ha hecho ha sido bien comprendida, y evidentemente, en presencia de estos resultados, la comision real de la exposicion ve ya en parte coronados sus esfuerzos; todo confirma que sabrá conducir á un dichoso término la mision que le ha sido confiada.

Al mismo tiempo que la exposicion industrial, se ha verificado la de Bellas Artes para inaugurar á la vez el nuevo museo puesto bajo la direccion de Mr. F. de Dardel, director de Bellas Artes, chambelan del rey, artista de los mas distinguidos, discípulo de Leon Cogniet y en la que han tomado parte los mismos países.

Debemos considerar estas exposiciones como los preludios de la exposicion universal de 1867. El rey Carlos XV, en el número de las invitaciones que ha dirigido á Francia para la inauguracion de estos dos palacios, ha incluido la de Mr. Julio Blanc, comisario delegado agregado de Suecia y Noruega cerca de la comision imperial de la exposicion de 1867, á fin de proceder á la eleccion de los productos que deben figurar mas dignamente en la exposicion universal y apreciar los resultados obtenidos desde la última exposicion.

Uno de los dibujantes mas conocidos de Europa, M. G. Janet, que se halla en este momento en Suecia, ha enviado á París el croquis de la apertura de esta exposicion. Ya habrán visto nuestros lectores la vista de las construcciones especialmente levantadas para esta solemnidad; añadiremos á los precedentes pormenores algunas palabras acerca de la ceremonia de la inauguracion.

El rey, impedido por una dolencia, no pudo asistir á la inauguracion, y dispuso que fuese representado por la reina.

No se vió mas fuerza armada que un destacamento de voluntarios, con su oscuro uniforme, y

bajo el cual tienen un aspecto bastante marcial, distando mucho del aspecto que siempre ha tenido en todas partes la milicia ciudadana.

Poco antes de las once llegó el príncipe Oscar, seguido del comité central de la esposicion. Lo mismo al príncipe que al comité, compuesto de los hombres mas distinguidos, se debe el éxito de esta bella empresa, y el público le está tanto mas reconocido, cuanto que apenas se atrevia á creer en otra cosa que en un resultado honroso, pero, en verdad, ha sido un triunfo completo en todos sentidos. La víspera, todavía el palacio de la esposicion casi ofrecia la imagen del caos, y no sabemos qué clase de intervencion mágica se ha visto allí para que todo pudiera organizarse y cada cosa ocupara su respectivo lugar.

Después han llegado nuevamente la duquesa de Ostrogothia, con sus tres hijos, la reina madre y la princesa Luisa, y últimamente la reina, en cuyo vestido se veían los colores nacionales: traje de seda grós azul sembrado de coronas de oro, y sombrero blanco con una sola pluma amarilla.

Luego que S. M. se colocó en una estrada situada en la parte Este de la rotunda central, un coro de seiscientos voces entonó un himno, cuya letra pertenece al duque de Ostrogothia; después el príncipe tomó la palabra y pronunció el discurso de apertura.

En respuesta á este discurso la reina pidió la bendicion del Todopoderoso sobre empresa tan patriótica, y declaró abierta la esposicion.

En este momento se oyó el estampido del cañon; el palacio se vió de repente empavesado; las fuentes dieron suelta á sus oprimidas aguas, las máquinas se pusieron en movimiento y el coro entonó una especie de canto triunfal.

La reina, después de haber echado una rápida ojeada sobre la esposicion, se trasladó al museo nacional con su comitiva. Allí fué recibida por el director de Bellas Artes, Mr. Dardel, y por los profesores y miembros de la Academia, y el príncipe Oscar inauguró especialmente esta esposicion con algunas palabras.

L. B.

PROVERBIO.

ELLO HA DE SER..... LO QUE QUIERE LA MUJER,

6

EL LENTE DEL AMOR.

Concha es una jóven muy linda, y que á su hermosura reúne el de ser viuda, que es un atractivo muy poderoso para los hombres. Así es que se ve muy obsequiada, y que muchos desean obtener su mano. Tiene mucha gracia, y un indisputable talento, por lo que se pasa un excelente rato en su casa, con su amena y grata conversacion.

Iba á menudo á verla el vizconde de Santa Faz.

En un tocador rico y confortablemente amueblado, con su buena chimenea y un magnífico armario-biblioteca de palo santo, donde hay una hermosa coleccion de libros escogidos perfectamente encuadernados, estaba Concha una tarde de este invierno, trabajando en bordar en tapicería un lindo almohadon de dibujo turco. El vizconde se hallaba sentado á su lado y hacia un buen rato que seguía una agradable conversacion.

El vizconde hacia la corte á la viudita, y le parecía que no eran mal mirados sus proyectos, así que reinaba la mas perfecta confianza en sus conversaciones y visitas que venían á ser casi diarias.

Complaciase ella en contradecirle, y lo hacia con tanta gracia, que es preciso confesar que le encantaba.

—Creo, le dijo, que escribe vd. en esos periódicos efímeros.

—¡Efímeros! no es vd. generosa, antes debia usted admirar nuestro valor, dijo el vizconde.

—Y porque se ocupa en esa literatura mercantil á tanto por columna, ¿se cree vd. con tanto talento?

—Me creo con el talento para hacerlo como todo el mundo.

—¿Es decir que todo el mundo le tiene á vd. por hombre de talento?

—No, señora, pero todo el mundo se cree tenerlo.

—Eso lo dice vd. por mí.

—No tengo intencion de lanzarle á vd. ese epigrama... Pero aunque así fuese... Es imposible que no tenga vd. la conciencia de su mérito.

—¡Esa es la historia de la paja en el ojo del vecino!

—Porque sabe vd. que la quiero, ¿trata vd. de desesperarme?

—¿Y quién le ha pedido á vd. que me ame?

—¿Es culpa mia, que sea vd. tan bonita, y de que tenga tanto talento?

—Vd. me encuentra bonita, porque en ese momento no tiene mas lente que...

—¿Hay necesidad de lente, dijo el vizconde interrumpiéndola, para admirar á vd?

—Si tal, vd. tiene delante de los ojos, un lente invisible, un prisma que embellece, el lente del amor. Por eso habla vd. con ironía de todas las señoras que conoce, y yo sola soy la exceptuada.

—Bien me lo paga vd.; ahora mismo me acusaba vd. de fátuo, que es el defecto que mas aborrezco.

—Tiene vd. otros muchos, pero ese es el que tiene mas desarrollado.

—¿Y en qué funda vd. su juicio?

—En el aire de suficiencia que vd. tiene. Hace mas de una hora que trata vd. de probarme que el ridículo mata el amor, y se enfada vd. porque soy de contraria opinion... ¡Ah! bien se ve que vd. no ama sino con la imaginacion y no con el corazon.

—Señora le juro á vd....

—Va vd. ahora á recitarme sus lindas frases... no se moleste vd. En mi profesion está una habituada á ese bombardeo de insulsos requiebros.

—¡En la profesion de vd.! exclamó con asombro el vizconde.

—Sí, hombre, en la de viuda jóven, pero continuemos nuestra disertacion, es mas divertido y menos peligroso.

—Menos peligroso... todavía mas burla...

—Menos peligroso... para vd. Dígame vd., le ruego, ¿qué entiende por ridículo en una mujer?

—El ridículo, salta á los ojos, pero es muy difícil definirlo.

—Me ha regalado vd. un largo discurso contra los braserillos ó estufillas, que se usan por algunas señoras para calentarse las manos y los pies... vd. ha sentado por axioma que es ridículo el usarlos. Como todo lo que es ridículo mata el amor, al menos segun vd., bastaría que una mujer usase de un braserillo... de una inocente estufilla, para que al instante mismo su pasion de vd. por ella desapareciese, y no volviese á mirarla á la cara.

—Es preciso dejar ese utensilio á las monjas, y á esas pobres vendedoras de las plazuelas que tiritan en los cajones ó á los que venden varios objetos menudos en esas especies de garitas que se han bautizado con el nombre de kioscos.

—¿Qué mas calificaría vd. de ridículo?

—Esas mil cosas, que no son nada, y que chocan en las personas que por su educacion deben ocupar la primera categoría. Hay una multitud de manías vulgares que denotan pequeñez de alma.

Así hay señoras capaces de criar animales con una ternura verdaderamente maternal, y se les ha visto hacer testamento en favor de un perro, de un loro, de una ardilla.

—¡Eso es infame! dijo Concha con una afectada seriedad.

—Una mujer no será nunca bastante escrupulosa en el vestir: llevar á los veinte años mangas de pierna de carnero y sombrero amarillo es una falta de gusto; envolverse á los cincuenta años en un tocado bullicioso es el colmo de la pretension.

—En eso estoy conforme; continúe vd.

—Nunca se condenará lo bastante la costumbre de estarse todas las mañanas dos horas delante de un espejo, para enjalbegarse la cara como una actriz que va á representar el papel de muchacha y que ha dejado de serlo hace mas de un cuarto de siglo.

—¿Y qué mas?

—¿Qué sé yo? sería cosa de nunca acabar, si continuase sobre este capítulo... pero señora, lo que es piramidal, lo que es monstruoso es llevar capucha.

—¡Ah! eso es criminal.

—Señora, antes que dar el brazo por la calle á una señora que llevase capucha á la cabeza me levantaba la tapa de los sesos.

Concha comenzó á reírse á carcajada tendida.

—Mucho, muchísimo me divierte vd.

—Me alegro. Soy feliz en provocar su hilaridad, pero hablemos, si vd. gusta, de cosas importantes.

—Del nuevo ministerio, ó de la ley de imprenta, ó de las reuniones.

—¿De mi amor!

—Me promueve vd. un pleito.

—Y espero ganar mi causa.

—Vd. la ganará... si vd. pleitea con elocuencia.

—Gracias, dijo el vizconde cogiéndole la mano.

—¡Vaya! si es vd. vivo... ya me ha tirado vd. al suelo mi ovillo de seda.

Y al mismo tiempo trató de bajarse para recogerlo.

—No se incomode vd., la dijo, el vizconde buscando el ovillo; sí, yo ganaré mi causa porque tengo para defenderla elocuencia y corazón, y... ¡eh!

—¿Qué tiene vd.?

—Me he quemado.

—Habrá vd. tropezado en mi braserillo.

—¡Hein!

Fingió Concha avergonzarse diciendo.

—¡Imprudente!

—¿Qué dice vd.?

—Yo... nada.

—¡Un braserillo!

—Le causo á vd. el efecto de una tendera.

—¡Una estufilla! exclamó asombrado el vizconde.

El invierno es muy rigoroso este año, dijo procurando atenuar lo que antes había dicho, muy embarazado.

El termómetro marcaba ayer tres bajo de cero.

Además, continuó, yo procuraré defender ya los braserillos; la moda, esa caprichosa diosa, triunfa de todas las preocupaciones... un braserillo, una estufilla, es hoy una cosa de muy buen gusto.

—¡Gracias á Dios! dijo Concha después de un momento en que quedaron callados. ¡Pase por este pecadillo! pero yo no soy de esas mujeres que crían animales, y que se dan blanquete.

—Yo no le hago á vd. la injuria de creer semejante cosa.

—Yo no soy como la generala Garcés que posee un corral en su cuarto principal de la calle del Cármen.

—Nada me asombra en una persona que tiene fuego del hígado en la cara.

—A propósito de la generala Garcés, me ha invitado para que vaya á comer esta tarde con ella.

—¿Y... irá vd.?

—Sin duda.

—Entonces... quiere decir que me despide vd.?

—Soy demasiado política para eso.

—Únicamente que me suplica vd. que me vaya.

—Vd. me ofrecerá su brazo para acompañarme, y mañana volverá vd. á verme.

—Es vd. muy buena.

—¿Y qué sabe vd. si me conoce tan poco, tan poco?

—La conozco á vd. lo bastante para apreciarla.

—Mirada con el lente de vd.

—¿Quiere vd. que le diga unas cuantas verdades?

—¿De ridicleces mías?

—¿Puede vd. creer semejante cosa?

—¡Y bien! veamos esas verdades.

—Pues bien, es vd. distraída, irresoluta, algunas veces un poco demasiado irónica, muchas veces demasiado caprichosa: vea vd. en cuanto á defectos, ahora vea vd. sus buenas calidades. Es vd. lo mas linda posible, graciosa en extremo, de corazón excelente, de un talento raro, y no encuentro mujer que pueda compararse con vd. —Si alguna buena cualidad poseo, es la de no incomodarme por los consejos sinceros que se me den, y le doy á vd. por ellos las gracias.

Y al mismo tiempo alargó al vizconde la mano, en la que éste se apresuró á estampar un beso. Concha tosió.

—¿Está vd. constipada? le dijo el vizconde.

—Tengo miedo de estarlo... está este gabinete helado. Hay fuego en la chimenea de la alcoba; pero una alcoba es tan triste...

—Sobre todo...

—¿Sobre todo qué?

—Nada.

—Soy muy curiosa, dijo con viveza Concha; es uno de mis defectos, y vd. lo había olvidado en su nomenclatura... Veamos... ¿qué iba usted á decir?

Después de vacilar un instante, al fin el vizconde se decidió á terminar su frase:

—Que en efecto una alcoba es triste... y sobre todo cuando es la de una viuda.

Concha hizo un gesto como de haberse picado algo; se volvió un poco de lado y tosió.

—¿Por qué no se pone vd. un manto? la dijo el vizconde.

—¿Sería vd. bastante amable para darme mi pelliza, que encontrará vd. en la sala sobre el sofá?

—Inmediatamente, señora, contestó el vizconde dirigiéndose á la sala.

—No vaya vd. tan de prisa, y sí poco á poco.

—Pues qué, está durmiendo alguien?

—Sí... Narciso.

—¿Y quién es Narciso?

—Un magnífico gato de Angora.

—¿Un gato de Angora? dijo con asombro el vizconde.

—¡Ay, qué es lo que he dicho! exclamó Concha como apesadumbrada de lo que acababa de hablar.

—¿Un gato de Angora!... ¿en la casa de vd.?

—Eso es imperdonable. ¿no es verdad?

—¡Concha!

—¿Le doy á vd. lástima?

—Verdad es que no tengo simpatía por los gatos, pero mucho menos tengo por los ratones. Esos animalitos me repugnan mucho, muchísimo.

—Figúrese vd. que devastaban mi cuarto.

—Entonces no tiene vd. el gato mas que interino, temporalmente.

—Me lo había dado mi marido.

—¿Lo había puesto acaso en la canastilla del regalo de boda?

—Déme vd. mi pelliza... me estoy helando.

—Ya me olvidaba.

Y el vizconde corrió á buscar el abrigo de la linda viudita.

Mientras tanto divertíase esta mucho considerando un singular personaje al vizconde, en tanto que este se creía un hombre serio, y no era mas que un niño obstinado y terco, á quien se le podía llevar de un lado á otro con la menor golosina. Creíase el vizconde de un juicio muy sano, y Conchita iba á encargarse de hacerle contradecirse veinte veces en una hora. ¡Si los hombres fuesen después del matrimonio como son antes, qué felices serían las mujeres... y cuánto mejor comprenderían estos sus intereses!

—¡Ah, señora, admirable angora! dijo al volver el vizconde.

—¿No es verdad que es soberbio?

—Si se le pareciesen todos los gatos, los adoraría.

—¿Y mi pelliza?

—En el sofá no hay mas que Narciso haciendo rom, rom.

—Pues mire vd. si me la habré dejado en el comedor.

—¿En el comedor? Muy bien.

Y se dirigió hacia la izquierda del gabinete á abrir una puerta por donde debía de salirse al comedor.

—Cierre vd. pronto la puerta.

—Tiene vd. razón... Es preciso evitar las corrientes de aire.

—No es ese el motivo... yo tomo pocas precauciones... pero Perico es tan malo, que volaría solo por hacerme rabiarse.

—¡Perico!

—Un soberbio loro.

—¡Un loro! y al mismo tiempo se oyó ladrar con insistencia. ¿Qué oigo? exclamó el vizconde que caminaba de asombro en asombro.

—Es Diana.

—¿Y quién es Diana?

—Una soberbia perrita inglesa.

—¡Un soberbio gato! ¡una soberbia perrita! ¡un soberbio loro! pero señora, ¿su cuarto de vd. es una casa de fieras?

—¡Gracias!

—¡Perdóneme vd.!

—¡Vd. me aborrece!

—¿Yo? ¡aborrecer á vd.!

—Figúrese vd. que ese loro, que es preciosísimo... de generación en generación... hace doscientos años que está en mi familia.

—¿Y esa perra... esa horrible perra?

—No es una horrible perra, sino la gracia y la fidelidad reunidas... es una encantadora criatura, que no hace ni frases ampulosas, ni sonetos; pero con la que se puede contar. Y además, reflexione usted que yo aquí vivo sola con mi doncella. Y mire vd., no tiene mal palmito, el general Garcés la mira con un aire.

—Conozco á muchos que con el mismo aire miran á su mujer.

—La generala Garcés ha debido ser muy guapa.

—En sus tiempos no digo que no; pero lo que es ahora no necesita de perro para que la guarde.

—Sin embargo, quería que yo le diese á Diana (hace al mismo tiempo involuntariamente un movimiento de alegría); pero no podré separarme de ella nunca.

—¡Nunca! dijo con dolor el vizconde.

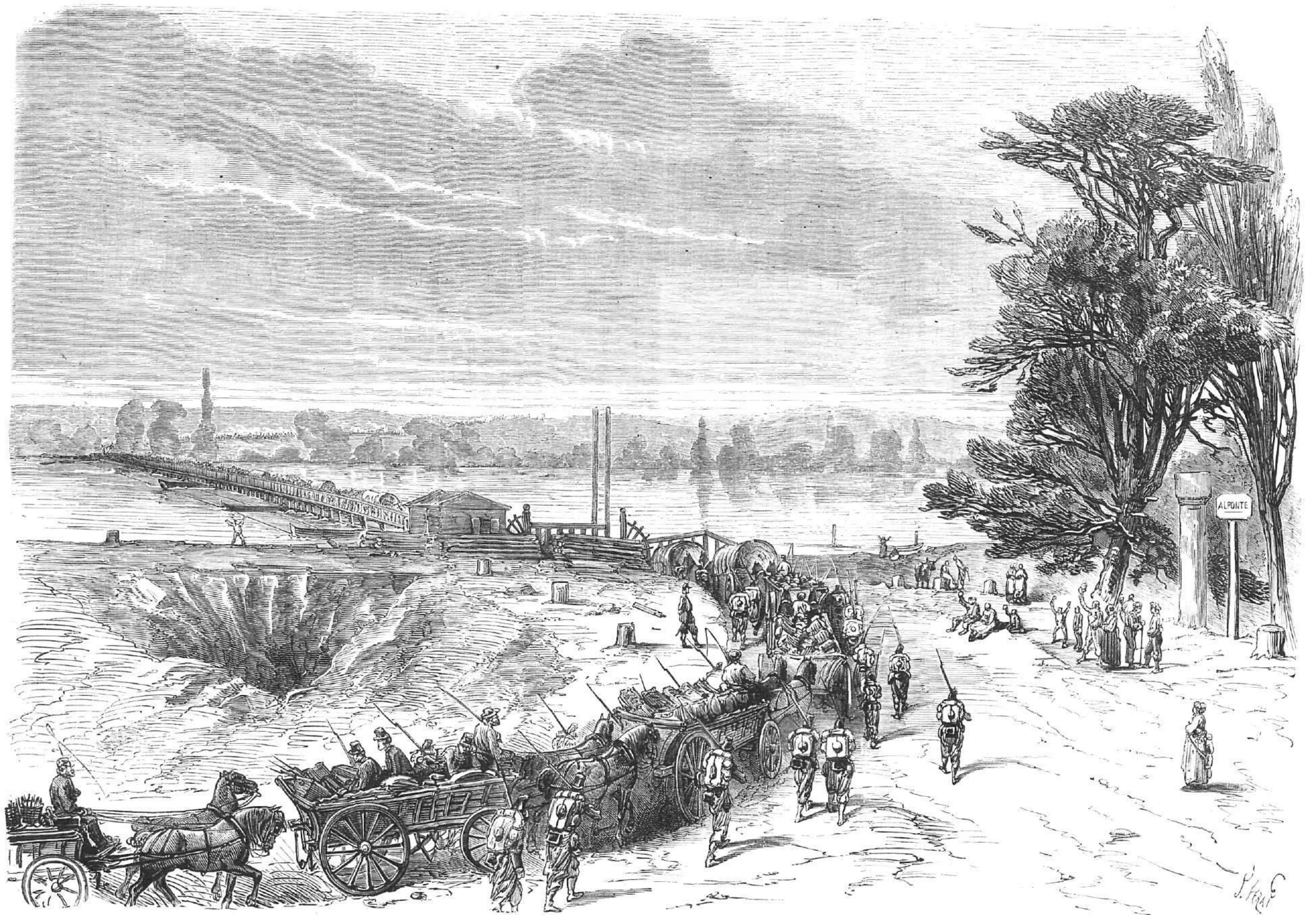
—¡Me la dejó mi madre!

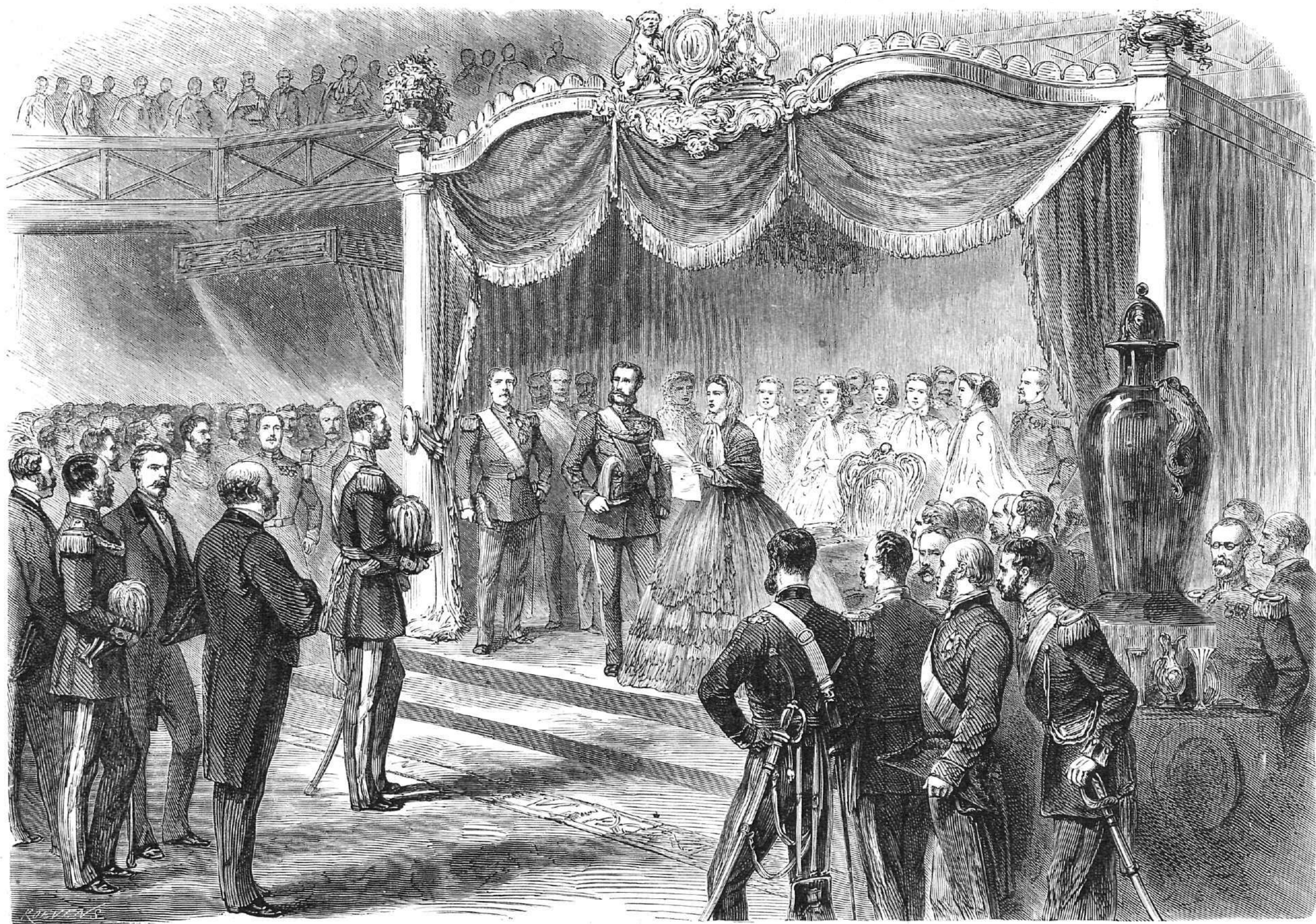
—¡Es la perra de su madre!

—¡Mi pelliza!

—Voy al instante, y salió corriendo por ella el vizconde.

—Sería preciso, decía para sí Conchita mientras el vizconde había salido á buscar su abrigo, que





si llegase á casarme con ese hombre encerrase con llave mis pobres animalitos. ¡Oh! si él llegase á cometer ese triple asesinato... pero yo sabré hacérselos querer... hasta tal punto, que los ha de componer versos... y que ha de olvidar hasta su mujer, si quiero; pero no querré.

—¿Sabe vd., dijo el vizconde á Conchita al volver, muy jovial, que el loro es lindísimo? ¡Qué colores tan brillantes! Pues y la perrita, ¡es deliciosa! ha venido á hacerme fiestas y lamerme las botas en cuanto me vió... ¡Ah, si todos los perros y todos los loros fuesen como estos, formaría colecciones de ellos... les llevaria hasta en los bolsillos... Aquí tiene vd. su pelliza.

—Es inútil... ya es hora de marcharme.

—¿No puede vd. renunciar á la generala Garcés en favor mio?

—¿Quiere vd. que me adquiera una enemiga?... el tiempo de atusarme un poco el pelo, y soy al momento con vd.

Y Conchita salió dirigiéndose á su tocador.

Quedó el vizconde solo recordando cuánta razón tiene el antiguo proverbio que dice: ELLO HA DE SER... LO QUE QUIERE LA MUJER. Ella le habia hecho querer á aquellos malditos animales... malditos no, porque son muy hermosos. Conchita no es como las comadres viejas que crían animales feos, y que por la noche juegan á la lotería rodeadas de sus crias... A la idea de salir acompañando á Conchita, no pudo el vizconde menos de sentir cierta ligera emoción. Procuró reparar el desorden de su traje.

Se miró al espejo, arregló el lazo de su corbata y se estiró el chaleco.

Abrióse la puerta por donde habia salido Concha, y se presentó esta en ella diciéndole con indefinible gracia:

—Ya estoy lista,

Al verla el vizconde se deja caer como desplomado sobre el sofá diciendo:

—¿Será un sueño?

—¿Un sueño? repitió Concha aparentando la mayor sencillez.

—Vd. lo hace expofeso.

—¿Expofeso? repitió Concha con el mismo aire... ¿pero el qué?... vd. está hablándome por enigmas.

—¡Esa capucha encarnada!... dijo el vizconde.

—¡Ah, esto... Dios mio, esto es hecho! es el colmo del ridículo, me ha dicho vd. una capucha!... ¡esto es piramidal, monstruoso! Amigo mio, he perdido vuestra estimacion, lo veo, lo siento.

—¡Una capucha! exclamaba el vizconde... y además, encarnada!

—Me retiro, porque le hago á vd. amarga la vida... pero sin querer... perdóneme vd. si puede... Adios!

—¡Concha! pero qué demonio es vd., ó mas bien, qué ángel!

—Vamos. Yo iré sola á casa de la generala Garcés; así como así la calle del Carmen no está lejos.

—¿No me ha permitido vd. ofrecerle hasta allí mi brazo?

—Ahora lo rehuso... por caridad cristiana.

—¿Cómo?

—¡No quiero que se levante vd. la tapa de los sesos!

—Vd. no omite nada para atormentarme.

—¿Yo?

—¿Cómo lo trivial y lo sublime se tocan! Otra mujer hubiera estado repugnante con esa capucha y vd... está adorable!

—Pues vámonos, amigo mio.

Dispusiéronse á salir, y al llegar cerca de la puerta, se paró el vizconde y preguntó á Conchita:

—¿Y qué se hace en casa de la generala Garcés?

Conchita volviéndose hácia su gabinete le contesta:

—Lo que se hace en toda tertulia, se canta, se toca el piano, se habla, se juega, y sobre todo á la lotería, yo soy loca por la lotería.

El vizconde se volvió á dejar caer sobre el sofá exclamando.

—¡La lotería!...

—¿Le incomoda á vd. eso?... es que... pero si... ¿es tal vez ridículo?

El vizconde trató de reprimirse y contenerse de miedo de no parecer él mismo ridículo.

—A mí me favorece mucho la suerte, continuó diciendo Conchita... hago muchas veces quinierna... Venga vd., yo le convido... La lotería no absorbe todas las facultades intelectuales, así es que al mismo tiempo se puede hablar.

—Pero prométame vd. un consuelo, por todo lo que me ha hecho rabiar, y pueda hacerme rabiar aun allí en la tertulia.

—¿Un caramelo?

—Nuestro matrimonio.

—Conque ¿todavía me quiere vd.?

—¡Ah! sí... y sin embargo no es culpa mia... no lo hago expofeso.

—¿A pesar de mis ridiculeces?

—Usted no tiene mas que adorables originalidades... ¡adoro á vd.!

—¿A pesar de mi fealdad?

—¡A pesar de su fealdad!

—Usted se chancea... pero no lo tome vd. á broma, hay quien me encuentra fea.

—De seguro que es una mujer.

—Es la generala Garcés.

—¡Vieja loca!... pero, ¡oiga vd., oiga vd.!

—¿Qué?

—¡Qué está lloviendo á cántaros! y temo que no se encuentre carruaje...

—¿Pues entonces?...

—Conchita, ¡si vd. me amase! dijo apasionadamente el vizconde.

—Abra vd. el estante de mis libros.

—Me va vd. á hacer alguna de las suyas todavía.

—Tome vd. el primer tomo de Moliere.

Abrió el vizconde la estantería de los libros, cogió el tomo de Moliere y aguardó las órdenes de Conchita.

—Abralo vd. por el segundo acto del Misántropo, y en la página donde verá vd. el registro, oiga vd.

El vizconde le dió el libro, y Conchita con vigorosa y agradable entonacion leyó:

Siempre el amante celebra
De su pasión el objeto,
Y por muy línce que sea
Se le escapan los defectos.
Todo en la mujer querida
Es lindo, amable, completo.
Engañosa es la ilusión
Y el amor es niño y ciego.
Las faltas de la mujer
Cubren los nombres mas tiernos:
De la pálida el semblante
Se compara al jazminero.
A la negra que le haría
Huir á un hombre de miedo,
Una adorable morena
La llama un amante necio.
De la flaca con la palma
Se iguala el talle en lo esbelto,
Y de la gorda el andar
Con la nave que en el puerto
Entra, rompiendo las olas
Impelida por el viento.
A la sucia y negligente
En vestirse con aseo,
De modestia y sencillez
La proclama por ejemplo.
La gigante es á sus ojos
Deidad bajada del cielo,
Y la enana de las gracias
Un abreviado compendio.

La orgullosa, de una reina
Tiene el ademan y gestos,
Y la humilde del pudor
Es el tipo verdadero.
La habladora es un prodigio
Que encanta con su talento,
Y la callada enamora
Con su prudente silencio.
Así es como los amantes
De su amor en el exceso,
Tienen por gracias amables
Los defectos de sus dueños!

Conchita miró al vizconde de Santa Faz con una mirada indefinible, colocó el libro en un velador y fué á sentarse junto á él en el sofá, diciéndole:

—Y bien, ¿qué le han parecido á vd. estos versos?

—Que son profundos como todos los que ha escrito ese ilustre poeta.

—¿No ve vd., dijo Conchita, que hacen la apología del prisma de que yo la hablaba á vd. hace poco, y que le obstruía á vd. la vista...

—¿Un prisma?... dijo aproximándose mas el vizconde á Conchita en el sofá á donde los dos se hallaban sentados.

—Usted lo sabe bien... dijo Conchita mirándole tiernamente.

¡El lente del amor! Y qué dice vd. de mis ridiculeces.

—Que es cierto el proverbio—¡Ello ha de ser... lo que quiere la mujer!

Un mes despues el vizconde de Santa Faz y la preciosa Conchita se habian casado, y marchado á Málaga á pasar los felices dias de la luna de miel.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA CUEVA DE LAS MARAVILLAS.

LEYENDA.

Poco tiempo hacia que los árabes habian sido espulsados del reino de Valencia, cuando aconteció, segun refiere la tradicion popular, el siguiente suceso que voy á contaros con toda la sencillez posible y con la mayor concision.

Vivia por aquellos tiempos en Alcoy un hombre, jóven todavía, llamado Diego el Cazador que, con el reducido producto que sacaba de su oficio, mantenía á su anciana madre y á su hermana, de quienes era único apoyo.

Contaba Diego unos treinta y cinco años; y hasta entonces, desde la muerte de su padre, de la cual hacia unos quince, por su vida retirada y por su intachable conducta, era muy apreciado de cuantos le conocian, y considerado á la vez como un modelo de buen hijo.

Esta humilde familia, disfrutando esa tranquilidad tan envidiable que reina en la casa del que siendo pobre es honrado, porque la honradez es el único consuelo, el único bien de la pobreza, pasaba su oscura vida contenta con su suerte, en santa paz y venturosa union.

Tanta y tan no interrumpida quietud debia, sin embargo, desaparecer, porque tal era la voluntad de Dios, viniendo á turbarla uno de esos sucesos que en un instante destruyen el bien adquirido durante largos años.

El espíritu del mal, valiéndose de seductor tentaciones, y agitando en el corazon de Diego las pasiones hasta entonces dormidas, iba á cambiar por completo la sosegada vida de aquellos tres seres, sembrando entre ellos la angustia y los pesares, y rompiendo de un solo golpe los lazos de intenso cariño que tan estrecha como dulce-mente los unian.

Dios, sin duda, en sus insondables designios, al ver cuanta felicidad y quietud gozaba desde largo tiempo aquella familia, quiso ponerla á prueba para demostrarle hasta qué punto era merecedora de los bienes que Él le dispensaba.

Todos los días salía Diego al despuntar el alba á recorrer las montañas vecinas y los espesos bosques que no muy lejos de Alcoy se extendían en aquella época, y con la caza que en ellos cogía volvía á Alcoy ó iba á algún pueblo inmediato, donde la vendía, procurándose por este medio el sustento para él, su madre y su hermana.

De esta suerte habían trascurrido largos años sin que en su pecho se agitara el mas leve deseo, ni fuera su tranquilidad turbada por el anhelo mas insignificante, ni siquiera por la esperanza de una vida menos humilde y mas halagüeña.

Diego solía pasar casi todas las noches un buen rato en casa de un antiguo amigo de su padre, palafrenero, segun la tradicion, de un señor de Alcoy de gran poder y vastos dominios, el cual tenía una hija llamada Isabel que, segun cuentan, era tan hermosa como altiva, y tan preciada de su belleza como tildada entre el pueblo por su desmesurado orgullo. Esto era mas de extrañar, por lo mismo que Isabel, y su padre, si bien recibían muestras de aprecio de su señor, eran simplemente pecheros; lo cual, con mas claridad, equivalía entonces á ser esclavo.

No me detendré á esplicar cómo Diego, que habiendo frecuentado largos años aquella casa donde le consideraban casi de la familia, ni siquiera una vez habia mirado á la jóven con deliberada intencion, y si solo como á una amiga, se vió de pronto acometido de tan ardiente pasión por ella, que de la noche á la mañana perdió toda tranquilidad, principiando para él una vida nueva de tormentos y sinsabores. Yo no sé esplicarlo, ni tampoco la tradicion habla en este punto con claridad; pero lo cierto es que el cazador se enamoró en cortos días apasionadamente, llegando su amor á rayar en verdadera locura.

Un cambio tan repentino que á primera vista parece una contradicción, una cosa irrealizable, bien meditado no necesita esplicacion, porque el corazon humano nos presenta ejemplos mas extraordinarios que este: como la tranquila superficie del mar se transforma súbitamente en montañas de espuma, á cuyo violento choque nada resiste y que de pronto llenan de espanto al infeliz marino, así repentinas tempestades trastornan el pecho antes sosegado del hombre, lo conmueven, lo agitan, y á veces no se calman, hasta que no lo han hecho pedazos.

Diego en cortos meses experimentó en todo su ser un cambio completo, y su madre, su hermana lo notaron, si bien nada se atrevieron á preguntarle sobre la causa de tan repentina mudanza, ni tampoco trataron de indagar lo que en tan poco tiempo tanto mal causaba al pobre Diego.

Su misma pena les inspiraba miedo, y temiendo aumentarla, no querían aventurar ni una pregunta.

Pasaron así algunos meses y la quietud desapareció de aquella casa.

El Cazador estaba á veces días y noches fuera de ella, y hasta llegó una semana en que no dió á su madre el dinero que, segun costumbre, la entregaba todos los sábados.

Por fin, un día dijo Diego á su hermana que le dejara solo con su madre, á quien dirigió las siguientes palabras:

—Madre, sé que estais triste y que sufris porque veis que sufro... No quisiera aumentar vuestra pena, pero es preciso que tengais valor y me perdoneis el daño que voy á causaros... Soy ingrato, soy perverso para con vos... ¡Ah! madre, si supierais cuán grande es el tormento que llevó en

mi corazon... Es preciso... mañana marchó á Valencia, y Dios sabe cuándo volveré. Dadme vuestra bendicion, y perdonadme que os deje sin amparo. Pedid á Dios que me dé buena suerte, porque voy en busca de fortuna.

Sumida en la mas honda pena dejó Diego á su madre; mas nada fué bastante á detenerle en su propósito, y al día siguiente abandonó á Alcoy y se dirigió á Valencia.

Dos ó tres semanas hacia que habia determinado resueltamente salir de Alcoy con el firme propósito de buscar fortuna, porque Isabel le habia prometido su mano imponiéndole esta condicion, y para Diego los deseos de la jóven, que le parecían muy justos en vista de que nada tenía que ofrecerle, eran mandatos irrevocables.

Partió Diego con la esperanza de volver al poco tiempo, y la intencion de hacer fortuna en la guerra contra los moros, que aun no habian abandonado por completo todos los pueblos de la costa.

Dos meses se pasaron sin que se tuviera en Alcoy noticia alguna del Cazador.

La tradicion, sin embargo, cuenta que Diego, hecho prisionero no muy lejos de Valencia por un pirata, fué vendido en Africa y pasó á ser esclavo del jefe de una tribu numerosa, cuyo nombre se ha perdido en el transcurso de los años.

En este punto es donde verdaderamente empieza la leyenda, tal cual la conserva el pueblo, y las aventuras de Diego el Cazador. Estas líneas, que sirven como de prólogo, son algo largas, porque así lo exige la claridad del relato.

II.

De cuantos males afligen á la humanidad, ninguno puede compararse con la esclavitud, que es peor mil veces que la muerte, porque es una muerte lenta y angustiosa que se prolonga, mientras la libertad no llega á vencerla.

El hombre que ha pasado la mitad de su vida libre y dueño de sus acciones y que súbitamente ve su voluntad subyugada al capricho de otro hombre mas fuerte que él, sufre tormentos indecibles.

Y si en su pecho lleva una esperanza, único bien de su vida, y esa esperanza, contrarestanda en su albedrío, detenida á pesar suyo en su vuelo, se halla cercada de insuperables obstáculos, entonces cada latido de su corazon es un dolor agudo que lo traspasa, cada pensamiento que por su mente cruza es un anuncio de una muerte horrible que siempre está cerca, y sin embargo, tarda días y días en llegar, y nunca llega.

Diego sufría juntos todos esos tormentos; trascurrian los meses sin que encontrara alivio á su acerbo mal, y su suerte era cada día mas angustiosa.

Entre los esclavos lo trataban con la mayor crueldad, y pasaba largos y calurosos días entregado á los mas rudos trabajos y sin esperanza de que cambiara su triste suerte.

De su imaginacion no se borraba ni un momento la imagen de Isabel, y de tal manera reinaba en su corazon el continuo y pesadoso recuerdo de aquella mujer, que ni siquiera consagraba un pensamiento á su pobre madre, haciéndose de este modo mas digno del castigo que sufría, y escitando así mas y mas la justa ira del cielo, que iba á imponerle las mas duras penas, porque ante Dios no tiene perdon el hijo ingrato que desampara á su desvalida madre.

Diego suspiraba por la libertad, mas solamente confiado en que ella le proporcionaria un medio de seguir buscando fortuna para ofrecerla á la mujer que reinaba en su corazon. Y tenía la seguridad de que, cesando su esclavitud, haria fortuna, pues tan fuerte era su voluntad en este

punto, tanta firmeza le daba su incontrastable pasión, que para él no habia obstáculos invencibles, si conseguía la libertad perdida.

Pero no habia medios de romper el yugo que le tenía sujeto lejos de su patria, y tres años se pasaron durante los cuales, segun refiere la tradicion, tuvo el Cazador que soportar los más rudos trabajos, los castigos más duros, las penas más crueles.

Imposible es relatar en los estrechos límites de una leyenda las aventuras de su vida durante esos tres años.

Ocurrió por fin un día en la tribu un suceso que debia cambiar la suerte de Diego.

El jefe moro fué asesinado por uno de sus parientes, quien, en su insaciable ambicion, no se detuvo ante tan horrible crimen para alzar el mando y las riquezas que su señor poseía.

El cruel asesino, jefe ya y señor de la tribu, llamó á Diego por medio de un servidor á los pocos meses de ocurrido aquel funesto suceso, y quedándose á solas con él, le habló de esta manera:

—Eres cristiano, y yo sé que los cristianos nunca faltan á su juramento. Voy á confiarte una mision, de cuyo buen éxito depende tu libertad. Pero antes me has de jurar por el nombre de tu Dios que guardarás fiel el secreto, y que cumplirás religiosamente mi mandato. Tengo fama de cruel, mas contigo no quiero serlo; dueño soy de tu vida, y voy á devolvértela, y con ella la libertad, si ejecutas como fiel servidor mis órdenes.

Brilló súbita alegría en los ojos de Diego, quien, estendiendo la mano, juró en alta voz por el santo nombre de Dios que haria cuanto su señor le mandase.

Tres veces le hizo el jefe árabe repetir el juramento, y despues de varias amenazas si á él llegaba á faltar, le dijo:

—Yo he estado muchos años con mi antecesor en España, y he vivido no muy lejos de la hermosa Valencia. No hace mucho tiempo, siéndonos la suerte de la guerra contraria, nos vimos obligados á abandonar aquellos fértiles campos, donde yo aseguro volveremos en breve... Antes de salir de España, mi pariente, que entonces tambien era mi señor, recogió cuantas riquezas pudo, y una vez reunido un gran tesoro, fué á ocultarlo en una cueva que hay en la montaña que se eleva cerca del famoso castillo de Alcoy. De esto hace ya mas de cuarenta años, y hasta hoy solo yo sé el sitio donde se oculta el tesoro.

Y al llegar á este punto sacó el jefe moro un pergamino y continuó:

—En este pergamino están escritas con la mayor precision las señas del sitio en que se halla la cueva, y por medio de él es muy fácil encontrarla. Ahora voy á decirte lo que tienes que hacer. Hoy mismo marcharás á España; en cuanto llegues allí, sin detenerte en ninguna parte, te dirigirás á la cueva, penetrarás en ella, y el pergamino te dirá en que sitio se halla el tesoro. Lo desenterraras, y cuando sea de noche, lo sacas de allí, abandonas aquellos lugares, y sin entrar en casa alguna, ni hablar con nadie, te diriges prontamente á la costa donde te esperará el bajel que allí te conduzca. Al llegar á España compra cuanto necesites: yo te daré dinero para todo.

Si cumples mis órdenes y me eres fiel, te concederé la libertad y te daré una parte del tesoro; sino habrás faltado á tu Dios y ya encontraré medio de vengarme de tí.

Diego pronunció de nuevo sus juramentos, prometiendo cumplir las órdenes de su señor, y aquella tarde misma partió para España á donde llegó á los pocos días.

(Se continuará).

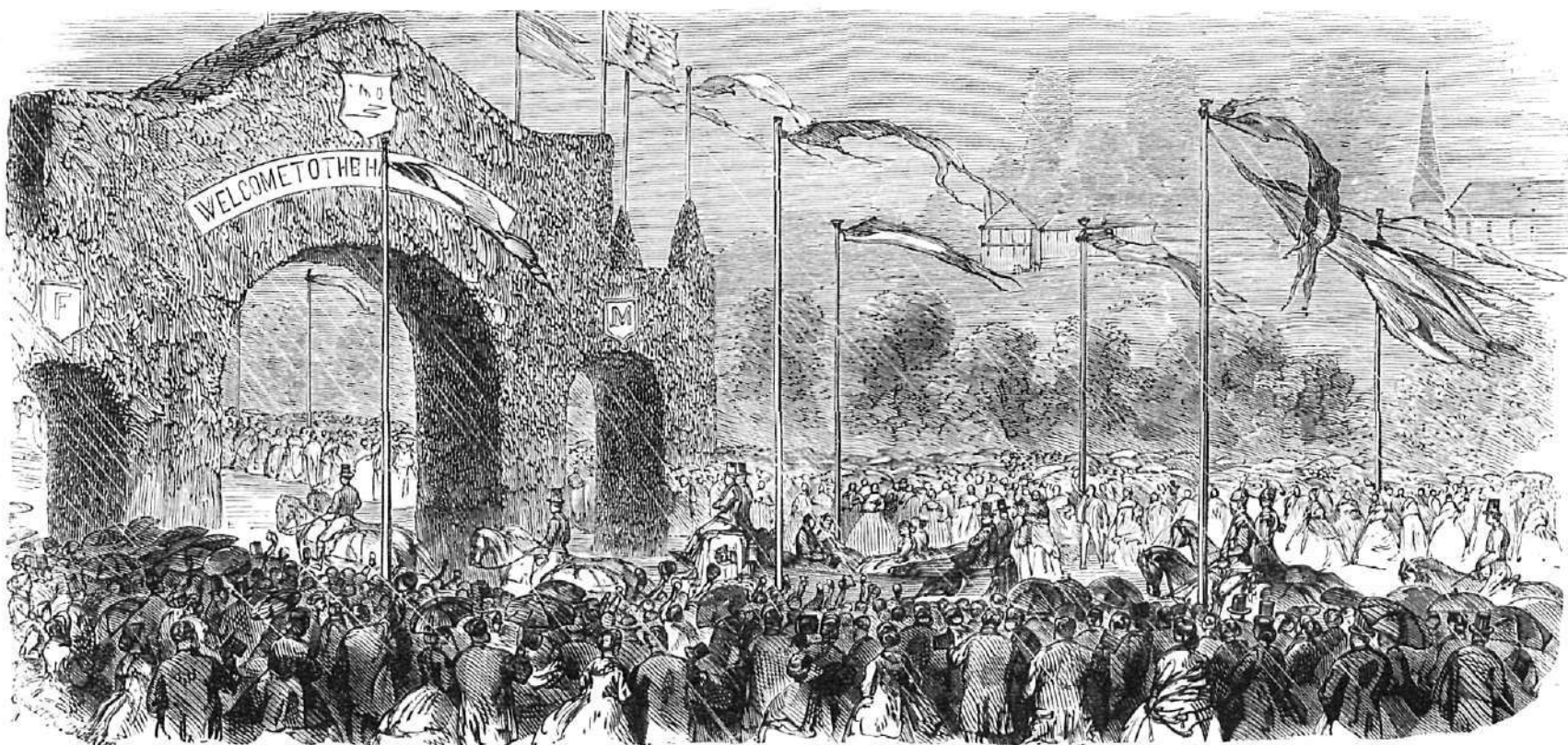
AUGUSTO FERRAN.



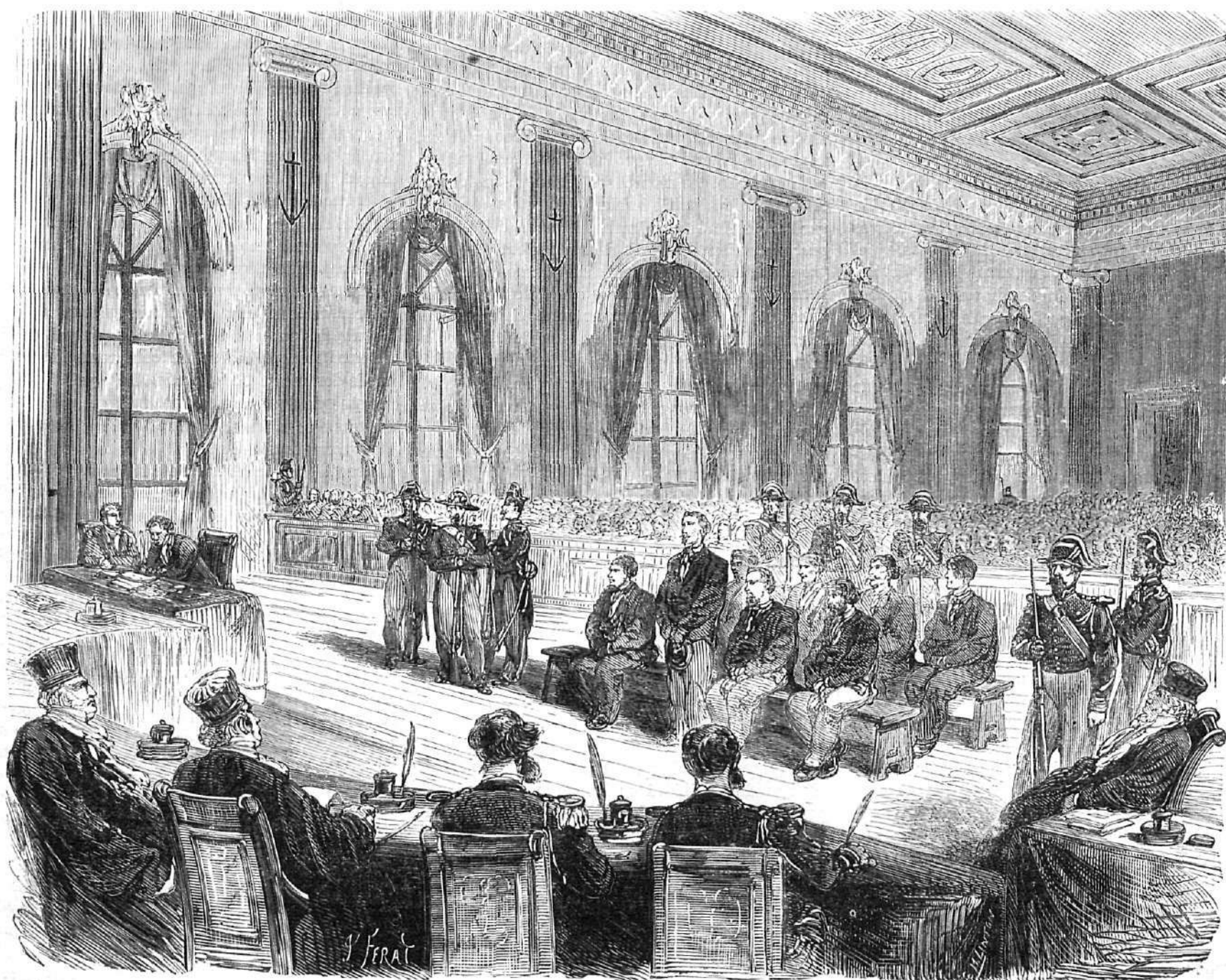
7



8



9



10

CASAMIENTO DE LA PRINCESA MARIA DE CAMBRIDGE.

ACTUALIDAD.

El casamiento de la princesa María de Cambridge y del príncipe de Jeck, se ha celebrado el mes anterior, no en Windsor, sino en Kew, en la misma iglesia donde fué bautizada la princesa y donde hizo su primera comunión. La ciudad de Kew que la vió nacer y crecer, y que con tanta frecuencia ha experimentado los efectos de su caridad, se adornó con arcos triunfales, banderas y flores. El camino que conduce desde Cambridge Cottage á la iglesia se hallaba cubierto de ricos tapices. Allí se encontraban todos los discípulos de las escuelas que protegía la princesa, y cuando pasaron los novios, festos niños han sembrado de flores el sendero por donde transitaban.

Aunque la ceremonia no se haya verificado con la etiqueta habitual en la corte de Windsor, la reina asistió á ella con los príncipes sus hijos. Su Majestad llegó á la iglesia á las doce menos algunos minutos, y algunos segundos despues el príncipe de Jeck efectuó su entrada acompañado del conde de Appongi, del conde de Wimpfen y del baron Warembughter. El príncipe, despues de haber besado las manos de la reina, se sentó delante del altar en donde ya se hallaba el rector de Kew, el obispo de Winchester y el arzobispo de Contirberg. Todas las miradas se dirigian á la puerta de la iglesia, pues únicamente se esperaba á los novios, los cuales no se hicieron esperar mucho tiempo. Ruidosas aclamaciones que procedian de la parte de afuera anunciaron su llegada; el coro entonó un himno de casamiento de Keble, y la princesa María entró apoyada del brazo del príncipe de Cambridge, y seguida de lady Susana Hamilton, de lady Cornelia María Churchill y de lady Enriqueta Jorke, sus damas de honor.

Despues de un oficio muy corto, la recién casada pasó á saludar á la reina, que la abrazó y la besó afectuosamente. Los miembros de la familia real se levantaron entonces de sus respectivos asientos para complimentar á los esposos, y el séquito salió de la iglesia mientras que el órgano ejecutaba la sinfonía de Beethoven: *Canto á la felicidad*, espresamente pedido por la reina.

Un gran banquete dado en Cambridge Cottage ha reunido cerca de los nuevos esposos á la reina, la familia real, y todo lo que Inglaterra cuenta de mas distinguido entre su nobleza y las extranjeras. Se sabe que así terminan allí estas fiestas, donde no hay saraos ni bailes como en otras partes. Despues de la comida, los esposos subieron al carruaje. Cuando salieron de la casa, los convidados estaban ya situados en los balcones para dejar caer sobre los novios una lluvia de ramos de flores, entre las cuales se mezclaban algunos pares de zapatos viejos.

El rango de los recién casados no ha sido bastante para que se haya omitido esta antigua costumbre de la culta Inglaterra. En el momento en que el príncipe y la princesa se han presentado fuera, y antes que hayan tenido tiempo para penetrar en su carruaje, todas las manos reales de las Altezas y las de sus parientes, han dejado caer sobre ellos una granizada de zapatos de seda. M. V.

TRIBUNAL MARÍTIMO DE BREST.

EL PROCESO DEL FOEDERIS ARCA.

En cierta ocasion Edgar Poe, autor estravagante, el hombre de las alucinaciones alcohólicas, el

poeta que se ocupaba en traducir bajo una forma casi racional sus sueños; que se ocupaba en hacer que fuesen lógicas las fantasmagorías de su imaginacion, y que en este caso encontraba en él aquella singular facultad de los hombres para quienes la embriaguez ha llegado á ser un hábito, facultad que les permite conservar todas las apariencias de la razon y del equilibrio, en cierta ocasion, decimos, Edgar Poe escribió las *Aventuras de Arturo Gordon Pym*.

Edgar Poe, y esto no disminuyen en nada la personalidad tan original y su talento tan profundo, tuvo la buena fortuna de encontrar en Francia acaso el único escritor que pudiera traducirle sin adulterarle, y, sobre todo, sin despojarle de sus asperezas. Por eso son tan conocidas en Francia las *Historias extraordinarias* y las *Aventuras de Arturo Gordon Pym*.

Hay en este libro la relacion de un motin sangriento de marineros á bordo de un buque, que llamó el *Grampus*. Es tan horrible, participa de un realismo tan negro, ó, mejor dicho, tan rojo, que todos han podido decir como nosotros: es un cuadro interesante como todo lo que se apodera de las gentes nerviosas; pero de una imposibilidad absoluta. Allí se ven hombres arrojados al mar llenos de cuchilladas, un capitan abandonado en el mar con una herida que le abre la frente, un grumete que llora y que suplica y que le arrojan al mar; hay un cocinero que está siempre embriagado, un negro; despues una sangrienta orgía, despues las súplicas del capitan, que promete no decir nada si le salvan la vida, luego los gritos desgarradores del grumete, en seguida el degüello, una orgía de ron y asesinatos que beben y cantan toda la noche.

Escuchen esto aquellos que pretenden que la literatura es lo que bajo el pretexto de referir los grandes crímenes y de pintar los grandes criminales, indica la manera con que se cometen los crímenes, y suministra á los malos instintos una especie de exaltacion fanfarrona que los conduce fatalmente á la imitacion. Escuchen bien esto.

Con efecto, los marineros del buque mercante el *Foederis Arca* jamás habian oído hablar de Edgar Poe, ni de Arturo Gordon Pym, ni del *Grampus*; pues bien, han imitado tan perfectamente la tragedia sangrienta en todos sus pormenores, que hemos llegado á presumir que Edgar Poe habia soñado todo esto de antemano en algún acceso de sonambulismo magnético, en una de esas crisis misteriosas que se complace en describir y casi á explicar en su *Bedloe* y en *El Cas de Mr. Valdemar*.

Ó los marineros del *Foederis Arca* han leído la historia del *Grampus*, ó bien Edgar Poe ha soñado diez años antes lo que ha pasado sobre el puente del *Foederis Arca*.

Nosotros no hemos visto el drama. ¿Quién le ha visto entre los actores que han representado un papel tan terrible, el papel de crucificado? Pero nosotros hemos tenido ocasion de ver á los actores delante del tribunal marítimo de Brest, y podemos afirmar que el reflejo valia tanto como la luz, y hemos comprendido lo bastante para estremecernos.

El capitan era un hombre bueno hasta cierto punto, empero débil; su segundo, por el contrario, era un hombre enérgico y rígido; de aquí resultaba que el mando procedía con frecuencia de éste, que no tenía la autoridad. Antes de la partida el segundo escribió á su hermano, capitan antiguo, y le dió cuenta de los mas sombríos presentimientos referentes á este viaje, en el cual persistia, sin poder hacer los adelantos que habia estipulado; la tripulacion le molestaba; la encontraba compuesta de lo mas malo de la marina mercante. En fin, el 4 de junio se dió á la vela, y hasta el 29 del mismo junio todos los marineros estuvieron embriagados dia y noche, cuya inmediata consecuencia era la irritacion y el desorden á bordo.

¿Ha existido, sí ó no, un complot para apoderarse del buque arrojando al mar al capitan y al segundo? Esto es lo que no podemos decir de una manera absoluta; pero en la noche del 29 de junio, á las ocho menos cuarto, se repartieron las botellas de un cajon de vermouthe, y se embriagaba la gente para llevar á cabo cierto designio. A las diez se presenta el segundo sobre cubierta, siendo acuchillado y arrojado al mar; pero era un hombre robusto, un corazon valiente, y se defendió con terrible energia, y por tres veces subió al puente cubierto de sangre dando golpe por golpe y llamando en su auxilio al capitan y marineros fieles.

El capitan salió de su camarote con un par de pistolas en la mano; pero fué inmediatamente derribado, desarmado y cubierto de heridas.

Luego comenzaron los conciliábulos. ¿No conservarán la vida de este hombre dos ó tres dias mas para dirigir el buque, puesto que, escepto él y el segundo, nadie sabe llevar la aguja? — No, ha visto matar al segundo, él mismo está gravemente herido, y si se encuentra un buque ó si se toca en algun puerto, comenzará por denunciar los crímenes de que ha sido testigo.

Por otra parte, en medio de sus decisiones se oye un oráculo, es un grumete que no habia tomado parte en la escena, y dice: — Si guardamos al capitan todos somos perdidos.

El capitan fué arrojado al agua; nada largo tiempo siguiendo el surco del *Foederis Arca*, y pide misericordia, y suplica.... pero comprendiendo que sus ruegos son inútiles, estiendo los brazos y se deja sumergir, enviando á sus asesinos este adios profético: — ¡Dios os guie, hijos míos; todos sereis degollados!

Seguidamente comenzó la orgía. Lo mismo que sobre el *Grampus* fantástico de Edgar Poe, los hombres se sientan á la mesa en el camarote del capitan, comen, beben, y aquellos que han tenido miedo, aquellos que han contemplado esta horrosa escena, aquellos que se han estremecido, aquellos que han llorado, ocultan con cuidado sus impresiones y se esfuerzan en comer y en beber, y «hacer lo que los demás hacian!»

Con efecto, no fué prudente no haber hecho lo que los demás, no haber dado su cuchillada, no haber ayudado para precipitar al capitan y al segundo. Estas caras siniestras hasta en medio de la embriaguez comienzan á mirarse mutuamente, y las miradas parecen decir: ¿Quién es aquel de entre nosotros que no se ha comprometido y que puede denunciar á los demás? He aquí el pensamiento que domina; los unos meditan todavía siniestras ejecuciones, mientras que los otros tiemblan mirando el abismo.

Queda el cocinero, siempre borracho, el mismo cocinero del *Grampus*, que se vuelve loco de miedo, que llora, que estrecha la mano de sus amigos y que se precipita al mar antes que lo precipiten; oyó amenazas muy significativas: — No será necesario mucho tiempo para desembarcarte.

Hay á bordo un grumete que ha auxiliado el asesinato, otro grumete que ha llorado, y un camarerillo de once años, que hace su primer viaje, que tambien ha llorado amargamente al escuchar los gritos desesperados de su capitan; hay un pobre mulato, una especie de bufon siempre dispuesto á hacer reir con las maneras grotescas de su raza, que se ha agitado mucho sobre el puente, pero sin hacer nada, que ha obedecido á todo el mundo, lo mismo á los revoltosos que al capitan; toda esta gente tiembla y procura disimular su temor.

Bajan al camarote principal despues de haberse inventado una fábula, que aprenden todos de memoria, y que debe explicar el naufragio y la muerte accidental de los oficiales; se obligan mutuamente por un terrible juramento, juramento escrito y que todos firman, á no separarse de esta

explicacion, bien en presencia de las gentes del buque por el cual sean recogidos, bien en presencia de los magistrados que sean designados para dirigir el proceso. De este modo andan errantes por espacio de cuatro dias.

¡Si aquí hubiese terminado el drama! — El camarero los inquieta.... un niño.

— ¡Atencion! Se va á desembarcar al niño, dice el hombre que hacia cabeza en el tumulto.

¡El niño dormia!

Un marinero, Oillic, llama á uno de los grumetes, á Leclerc, y le dice: — Echa al mar al camarero, y si no lo haces te echaremos á tí.

Leclerc se levanta y llama al niño: — Levántate y ven á ayudarme á vaciar el agua del bote.

El niño se despierta y obedece, y se inclina para vaciar un cubo de agua, y entonces el grumete le coge por las piernas; pero hay en su cuerda una *amarrada*, una cuerda. Leclerc vacila; Oillic arroja la víctima al agua.... y delante de los jueces asegura que ha retrocedido delante del asesinato.... ¡Oh, preciso es creerlo!

— ¡Qué ha hecho Oillic despues de esto? preguntaba el capitán de navío Pichon, presidente del tribunal marítimo, al grumete Leclerc.

— ¡Se fué á acostar! respondió tranquilamente el grumete.

El niño ha seguido el bote á nado cinco minutos, dice uno, media hora, dice otro. Suplicaba y pedia misericordia; llamaba á su madre y al Todopoderoso!

¡Pobre niño! En el momento en que procuraba asirse al bote una voz ha dado una orden y un brazo ha levantado un hacha que ha caído sobre su cabeza.... ¡El también ha ido á fondo llamando á su madre y al Todopoderoso!

Hemos referido lo que nuestros lectores no han visto.... pero ¿y lo que nosotros hemos visto delante del tribunal?

Hombres terribles que revelan el indiferentismo; hombres embrutecidos, que tan pronto se rien como se denuncian los unos á los otros llenos de cólera, procurando comprometer á los que negaban su participacion voluntaria en el asesinato.

Los dos grumetes, el negro y contramaestre han sido absueltos; Lenard, Oillic, Thepaut y Carbuccia han sido condenados á la última pena. Esto lo sabian ellos desde que principió el proceso, lo sabian desde el momento en que fueron conducidos á Francia, y por eso escucharon la sentencia con la mas grande frialdad. C. J.

LA LIMOSNA MORAL.

Generalmente olvidamos la manera con que la forma de la limosna se ha multiplicado; nuestra misma lengua ha concluido por no comprender bajo este gran nombre mas que la asistencia material. Parece que el mundo se ha propuesto comprender que la pobreza no es mas que una de sus miserias. Basta dar algunos pasos en esta vía para ver que las aflicciones del cuerpo no constituyen la parte mas pesada de la vida. Las penas del alma tienen la primacía, y no hay por consiguiente cosa mas digna de estimacion que aquel que tiende á abreviarlas. En esta vía es en la que la caridad encuentra las obras mas elevadas y las mas difíciles, y al mismo tiempo las mas meritorias delante de aquel á cuyos ojos valen mas los sentimientos que los actos. Compartir su pan con el desgraciado á quien tortura el hambre; es, un movimiento tan natural, que hasta el bárbaro violentaria su corazon. Pero penetrar con delicadeza en los dolores secretos del afligido; dulcificar su amargura con sabias y afectuosas palabras; hacer

que luzcan en las tinieblas donde gime, los dulces rayos de la esperanza; mostrarle el cielo; mostrarle hasta en sus resistencias é ingratitudes bondad y ternura de hermano; en un palabra, siguiendo el espíritu de aquella palabra tan profunda de compasion, padecer y sufrir con él: hé aquí lo sublime.

La escolástica, que por medio de especiales distinciones, ha introducido tanta precision en las ideas, colocaba claramente la categoría de la limosna espiritual al lado de la categoría de la limosna material, y mientras mas poderes ejerce sobre la materia, mayor es la preferencia que le consagra. Conducida por su predileccion para el número sacramental, la divide en siete partes: enseñar al que no sabe; dar buen consejo al que lo ha menester; consolar al afligido; corregir al que yerra; perdonar las injurias; soportar con paciencia á nuestros semejantes; rogar por todos, buenos y malos, felices ó desgraciados, piadosos ó impíos. Puede ser que si la escolástica no se hubiera detenido en una fidelidad demasiado sistemática, la sétima division, hubiera encontrado justo establecer una octava parte para la intercesion hácia el poderoso en favor del débil. Este es un complemento necesario, y cualquiera época le comprendería mejor que la nuestra en la que reinan tantos desórdenes, y en la que tantos individuos viven deshonorados y sin proteccion.

Reflexionemos en todo lo que es posible respecto á la asistencia del alma por el alma, y se comprenderá que todas las clases de socorros están comprendidas en estos términos: falta de saber; falta de espíritu de conducta; falta de fuerza de carácter; hé aquí las enfermedades morales que reclaman remedio, falta de actividad personal en las relaciones sociales, hé aquí el estado de abundancia que reclama intervencion; y si los medios humanos son impotentes, por medio de la súplica á Dios, se llega al socorro supremo. *

TIRO FEDERAL DE GINEBRA.

El día 3 de junio del presente año, se solemnizó la apertura del gran *tiro cantonal*. A la convocatoria del comité, las sociedades de tiradores de toda la Suiza respondieron presurosas y acudieron al terreno de la lucha, lucha donde impera la destreza y la sangre fria, contraste que hizo un efecto mas notable, teniendo en vista lo que pasa hoy en otras naciones.

La fiesta comenzó, como hemos dicho, el domingo 3 de junio, y la afluencia de los tiradores obligó al comité á prolongar el tiro hasta el lunes en la tarde del 11 del mismo mes.

Favorecidos por un tiempo magnífico la animacion ha sido tan grande como la alegría. Se han pronunciado los mas entusiastas discursos; la multitud ha circulado por debajo de los arcos triunfales levantados como por encanto, y todo el mundo se conmovió á la lectura de aquellas frases dictadas por el corazon como las presentes: «Dios, patria, libertad.» El jueves hubo una grande y pintoresca iluminacion que condujo á Carouge mas de treinta mil personas; por la noche, la colina que domina el tiro, se vió repentinamente iluminada, y una luz semejante á una aurora boreal ha excitado las mas vivas aclamaciones de la multitud.

Los tiradores franceses de Saint-Julien acudieron á esta ceremonia, y su bandera fué acogida con la mas grande simpatía. El abogado Puget, de Saint-Julien, renovó en esta circunstancia los vínculos de amistad que unen á Ginebra con la Saboya. A. M.

SOBRE LAS VIDAS DE PLUTARCO.—Lo que es necesario buscar, se me figura, es el ideal del heroísmo, tal como los antiguos querian representarle en sus grandes hombres. Yo no diré: He aquí á Licurgo y á Solon, he aquí á los dos Catoes, he aquí á César y á Alejandro tales como ellos eran. Yo diría: Helos aquí tales como la imaginacion griega y latina los pintaba. Estos no son individuos mas ó menos brillantes, son tipos, el tipo del legislador, el tipo del censor romano, el tipo del orador, el tipo del conquistador. ¿Qué importa que estos cuadros tengan un poco mas ó un poco menos de verdad real, si me elevan el alma honrando á la humanidad, si me inspiran el desinterés, la abnegacion y el sacrificio, la paciencia en los días de prueba, y si me impulsan á amar la virtud y creer en ella? El alma no se desalienta sino con el espectáculo triste de la realidad, sobre todo cuando adelanta la vida. Que una critica envidiosa no venga á rebajar á los grandes hombres de los tiempos pasados. Que no nos arrebaté á nuestros griegos ni á nuestros romanos. Consienta á la historia un poco de ideal, cuando este ideal está consagrado por la tradicion.... La moral de la gente honrada del paganismo, por poco que penetre en un corazon recto, será siempre una excelente preparacion para la moral evangélica. Así se pensaba en los siglos mas gloriosos. Ayniot era recompensado de sus traducciones por un obispo, y retocaba su Plutarco en los momentos de descanso que le dejaban las ocupaciones del obispado. Bossuet ha patentizado su estimacion hácia la sabiduría antigua en la tercera parte de su admirable *Discurso sobre la historia universal*. Rollin, alimentado por la Sagrada Escritura, encontraba también un poderoso encanto en la moral de Ciceron y de Séneca, y lo confesaba con ingenuidad.



Mi primera y mi segunda son, lector, una palabra, que pronuncia satisfecho el que gana una batalla, y en la que nunca intervienen armas de fuego ni blancas; pero en la cual hay soldados y algunos jefes que mandan. La segunda y la primera la encontrarás en las aulas donde adquiere un alto grado la superior enseñanza. Prima y terciá son un verbo, y como sabrás gramática, te diré que está en presente; que le conjuga la infancia cuando apenas sabe hablar, ó apuran las circunstancias. Mi segunda aisladamente, caro amigo, es una planta de regiones muy remotas, y en verdad poco barata. La quinta, cuarta y segunda, verás que es otra palabra, que se le dice á los niños siempre en tono de amenaza, cuando no hacen cosa buena ó te alborotan la casa. Por último, prima y quinta, son de aplicacion exacta á objetos deteriorados y cosas averiadas; y mi todo es una ciencia importante y complicada, que requiere mucho estudio y asidua perseverancia.

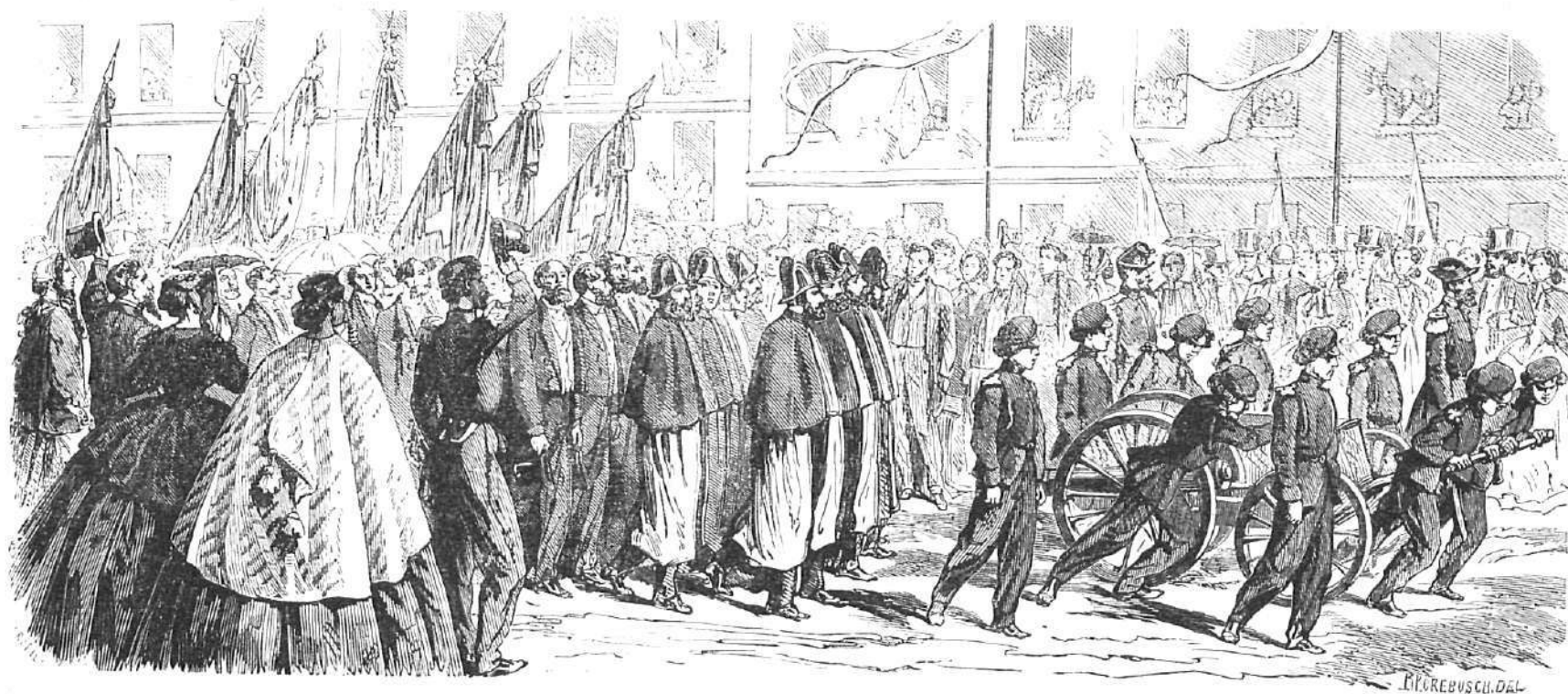
(La solucion en el número inmediato.)

EDITOR RESPONSABLE; DON DIONISIO CHAULIÉ.

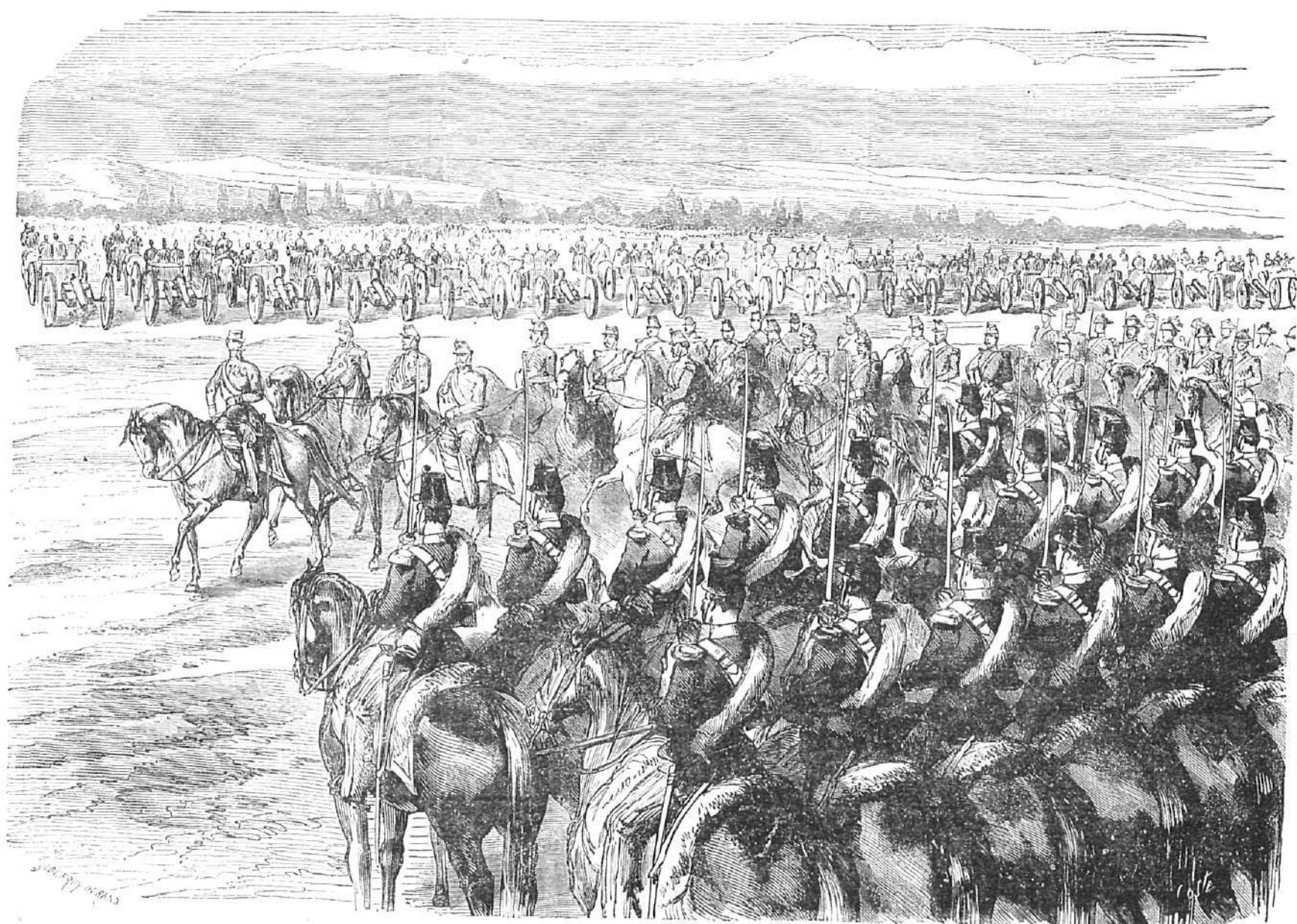
IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL,

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid. J 1866.



11



12